

Un atrevido romance
de oficina

Mi

JEFEE

Autora de Best Seller en USA

MIA FORD

Mi
JEFEE
Un atrevido romance *de oficina*

Autora de Best Seller en USA

MIA FORD



1º Edición Marzo 2021

©Mia Ford

MI JEFE

Título original: Dirty Boss

©2021 EDITORIAL GRUPO ROMANCE

©Editora: Teresa Cabañas

tcgromance@gmail.com

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, algunos lugares y situaciones son producto de la imaginación de la autora, y cualquier parecido con personas, hechos o situaciones son pura coincidencia.

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier método o procedimiento, así como su alquiler o préstamo público.

Gracias por comprar este ebook.

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Epílogo](#)

[Si te ha gustado este libro también te gustará](#)

Capítulo 1

Isobel

¿Ya es de día?

Es lunes por la mañana y mi estómago retumba como un despertador, pero lo peor de todo es que todavía estoy en la oficina. Trabajaré para Inversiones Stern durante el verano, pero la compañía debería llamarse Inversiones Slave Driver, porque el director ejecutivo es un adicto al trabajo. Conseguiré mi titulación, ya que he trabajado como una bestia y seré una secretaria competente.

Por desgracia, eso tiene un precio. Vivo en una caja de zapatos, la única que puedo pagar en la ciudad porque todo es muy caro.

En mi casa, en Kansas, tengo todo lo que necesito... desde mi novio, Leo, hasta mi familia. Aquí, solo poseo este trabajo, cuatro paredes y nada más. Supongo que estar ocupada hace que mi mente esté enfocada en mi objetivo. Llevo aquí quince días, en los que he trabajado doce horas diarias y cuento con los fines de semana para recuperarme.

Suena el teléfono y siento calambres en el estómago. Prefiero comer antes que contestar, aunque será una cena y almuerzo al mismo tiempo. Los restaurantes chinos de la zona tienen precios estupendos y, con mi ajustado presupuesto, me veo obligada a aprovechar los descuentos.

¡Maldita sea! Leo está llamando de nuevo.

—Hola, nene. —Sonrío, pensando en sus ojos azules y su pelo rubio.

Decir que estoy loca por él es quedarse corta. Llevamos saliendo desde el instituto y sé que no está muy contento con mi decisión de venir aquí.

—¿Dónde estás?

—Estoy en la oficina. —Suspiro, otra vez, pensando en las cuatro paredes y el lugar que llamaré hogar durante las próximas seis semanas—. Te llamaré cuando llegue a mi cuarto.

Desde que lo alquilé, supe que no se parecía en nada a la fotografía. Fui una ingenua al pensar que sería igual que las imágenes que había en internet. Al parecer, el dueño tomó una foto de la habitación y olvidó actualizarla con la que he alquilado.

Según Heather, se trata de una estafa que llevan a cabo la mayoría de los propietarios que trabajan en Finanzas. Además, ella dijo que tendría suerte si conseguía algo al mismo precio, así que debería aguantar.

Es fácil decir eso, cuando extraño mi casa como una loca.

—Solo te he llamado para decirte algo.

Me levanto y me dirijo a la oficina de mi jefe; debe haber dejado la luz encendida porque estoy segura de que se ha ido a casa.

—¿Qué quieres decirme? —Me levanto para escucharlo, aunque tengo una pista, creo que se trata de lo mismo que ha estado amenazando con hacer desde que me fui de casa.

—Se acabó.

—No. —Empiezo a llorar cuando pienso en mi novio del instituto.

Me prometí a mí misma que nos casaríamos, por eso intento conservar mi virginidad para él,

para poder dársela en nuestra noche de bodas. Dijo que lo entendía, cuando estábamos en el instituto, pero desde que le comenté que quería ser secretaria, no ha sido tan comprensivo.

Todos mis familiares trabajan en la granja, y los suyos también. Ninguno comprende que quiera ser feliz, haciendo algo más que tener cuatro hijos y ser la esposa de un granjero, como todas las mujeres de nuestras familias.

—Quieres cosas grandes. Ir a la universidad. Obtener un título.

Sacudo la cabeza cuando empiezo a entrar en pánico.

—No, solo quiero que seamos felices.

—Quieres decir que quieres ser feliz. Mira, Dede Wells sigue invitándome a salir y ella es el tipo de chica adecuada para mí.

La zorra que intentó acostarse contigo en el baile de graduación y vive en una caravana. ¿Esa Dede Wells?

«¡Sobre mi cadáver!», grito, mentalmente.

—¿Isobel, estás ahí?

—Sí, y quiero mostrarte algo. Ve al chat en vivo.

—No tiene sentido...

—Por favor, por favor, Leo.

Cuelga antes de que tenga la oportunidad de explicarle que hago esto por mí. No quiero ser solo la esposa de un granjero; quiero más que eso. ¿Por qué le resulta tan difícil entenderlo?

Apuesto a que sus amigos, Neil y Paul, se están riendo de él. Diciéndole cosas como que probablemente lo estoy engañando con algún chico de la ciudad.

Activo la cámara con manos temblorosas y miro alrededor, para asegurarme de que no me ve nadie. Es tarde y todos se han marchado de la oficina, solo estoy yo. Podría volver a mi escritorio, pero creo que es mejor hacer esto desde la oficina de Christian. Si hay alguien por aquí, no verá lo que voy a hacer.

—Leo, por favor no me dejes por Dede.

—Tienes que saber que esto también me duele a mí. —Sacudo la cabeza, desesperada por encontrar una forma de que se quede conmigo. De repente, agrega—: ¡Desnúdate!

—¿Qué?

—Si quieres que me quede contigo, demuéstame lo que me pierdo si me voy con Dede. —Me quedo perpleja, mientras insiste—: Has dicho que no hay nadie en la oficina. Así que, desnúdate.

—Quieres ver lo que te falta y a lo que renuncias si te vas con Dede. —Más que una pregunta es una afirmación.

No dice una palabra, solo asiente con la cabeza y empieza a lamerse los labios con anticipación.

No sé qué diablos hacer, pero parece que está funcionando. Improviso y empiezo a desabrocharme la falda y no estoy de cara a él. Me quedo solo con la lencería y sonrío.

—¿Te gusta lo que ves?

Él gruñe:

—Quítatela.

No sé lo que quiere decir, ¿mi sujetador o mis bragas?

Le guiño un ojo.

—Espera un poco, muchachote.

Cierro los ojos cuando pienso en perderlo por Dede. Ella tiene tetas grandes, no se parecen a las mías. Leo siempre dice que le encantan mis tetas, ni muy grandes ni muy pequeñas, lo

suficiente para jugar con ellas.

Desabrocho mi sostén mientras pienso en él como mi hombre, el de nadie más, mucho menos de Dede. Mi teléfono vibra en el escritorio, pero lo ignoro.

Sostengo el sujetador en la mano.

—Tócate. Quiero correrme.

Muevo la cámara hacia abajo, para enseñarme que ha puesto las manos entre sus pantalones. Nunca he hecho esto delante de él, y no quiero decepcionarlo. Nuestra relación depende de ello.

Giro la silla de cuero detrás de mí y me siento. Luego muevo el dispositivo para que él pueda ver lo que hago. Mis bragas siguen puestas. Son las de encaje que me compré cuando fuimos al baile de graduación y pensó que sería nuestra noche. Entonces, tampoco estaba preparada.

Suspiro cuando pienso en las veces que lo he decepcionado y no puedo hacerlo ahora. No, no lo haré.

Así que me bajo las bragas y abro bien las piernas.

—Sí, nena, te lo voy a dar ahora mismo —gimió al otro lado.

Pienso en nosotros en la habitación, haciendo el amor. Un par de veces estuvimos a punto de llegar al final y trato de imaginarlo, mientras deslizó un dedo por mi rendija sin dudarlo, al tiempo que cierro los ojos.

Puedo oír a Leo meciéndose al otro lado y me concentro en lo que hago.

—Mírame, nena, hazlo más despacio. Me estás llevando al límite. Mírame. —Su deseo es una orden para mí—. Imagina que son mis manos las que te tocan. Quiero darte placer... —Pienso en sus ojos azules como el mar y comienzo a disfrutar de la intimidad que compartimos—. Despacio...

Tengo una pierna sobre la mesa. Dejo una mano en mi sexo y con la otra acaricio mis pezones. A Leo le gusta tocar mis pechos y lo hago como si fuera él.

Me froto en círculos suaves y veo la pasión reflejada en sus ojos. Cuando comienza a acelerarse, jadeo y siento que soy yo la que controla su placer. Enseguida, sin tocarlo, solo con el pensamiento de lo que estamos compartiendo, hago que se corra.

Solo de pensarlo empiezo a sentirme al límite. Echo la cabeza hacia atrás y siento que viene un orgasmo.

—Estás tan jodidamente caliente ahora mismo. Te estoy jodiendo en línea.

¿Es esto lo que me he estado perdiendo?

Leo se agita muy rápido y yo froto mi clítoris con tanta necesidad que no puedo evitar correrme.

Quiero aguantar, pero no puedo y grito:

—Sí, Leo. ¡Sí!

Es como si nuestras pasiones se alimentaran al mismo tiempo, porque no pasa mucho tiempo antes de que lo vea masturbarse fuera de control.

Mientras mi cuerpo tiembla, en un minuto siento frío y al siguiente calor. Estoy teniendo la madre de todos los orgasmos. La idea de que lo hagamos de verdad no parece tan mala. ¿Qué diferencia hay si lo hacemos ahora o en un par de años?

Ninguna.

Me estoy corriendo mientras grita que quiere repetir. Después se ríe y pienso que lo deseo dentro de mí.

—Mierda, Isobel. No sabía que escondías tanta pasión.

No puedo hablar porque todavía estoy tratando de recuperar el aliento. Es como si me hubiera

quitado todo y también me echo a reír.

—Te deseo tanto.

Al oírme, se detiene de forma brusca.

—Tengo que irme. Hay alguien en la puerta.

Estoy a punto de decir que no he oído nada, pero entonces corta la conexión. Estoy sentada en la silla de mi jefe y no tengo claro qué hacer. Corro a su baño, me lavo las manos y luego me limpio entre las piernas. Al mismo tiempo, pienso que Leo ya no me dejará.

Me siento tan orgullosa. Tal vez, ha sido la idea de tocarme delante de él, o en la oficina de Christian Stern, lo que me hace sentir así. De cualquier manera, sé que seguiremos juntos y nada va a cambiar eso.

Recuerdo que el guardia de seguridad suele caminar por la oficina a esta hora y siento la necesidad de salir corriendo con urgencia. Agarro mi teléfono. Ya no tengo ganas de comer y los calambres de estómago son cosa del pasado.

La curiosidad se apodera de mí. Estoy vistiéndome y me pregunto quién me ha llamado antes. Miro los mensajes y todos son de mi mejor amiga, Agnes. También me ha enviado una foto. Miro la fecha y la foto y me quedo paralizada, con las bragas en la mano. Después, dejo caer el teléfono al suelo. No puedo creer lo que acaba de enviarme. No puedo creer que haya estado ciega todo este tiempo.

Capítulo 2

Christian

¡Mierda!

Estoy enfadado porque mi teléfono no para de vibrar en el bolsillo. ¿Quién me llama? Sé que no es un mensaje porque no hay tono de llamada. Dejo la caja de archivos y busco en mi bolsillo. La pantalla está encendida y la cámara de mi oficina activada, pero ¿qué es esto?

Puedo ver a Isobel sentada frente al ordenador; está chateando con alguien. Ahora sé cómo se porta cuando no estoy en la oficina. Hay muchos tipos de travesuras, así que me paro a mirarla. ¡Solo está aquí para trabajar los meses de verano y quiero ver lo que hace! Está en mi oficina...

«Maldición», digo para mí mismo.

Desearía que el sonido fuera más fuerte, está demasiado silencioso. Sostengo el teléfono cerca de mi oído y escucho.

—Leo, no tiene por qué ser así. —Oigo a Isobel murmurar a alguien.

—¿Qué esperas que haga? Tengo necesidades, ya sabes, necesidades masculinas y tú me estás ocultando algo, y mierda, ¡ni siquiera estás aquí! —dice Leo.

—Lo sé, pero el verano no es tan largo, y Dede, ¿qué demonios te hace pensar que deberías empezar a acostarte con esa mujer? —Escucho la respuesta de Isobel, pero entonces no puedo entenderlo bien. Así que, estoy tratando de descubrir los huecos que faltan.

—Ella se está acercando a mí; ya sabes, acercándose de verdad, como debe hacer una novia. Ella no se reprimiría ante su novio. —Oigo al hombre decir con enfado.

—¿Qué puedo hacer para persuadirte? Por favor, dímelo, haré lo que sea.

—Desnúdate para mí, ahora mismo. Dijiste que no había nadie en la oficina y que estabas sola.

Me quito el teléfono de la oreja y miro la pantalla. No puedo creer que se vaya a desnudar para un tipo, solo para evitar que se acueste con otra mujer.

Veo a Isobel que empuja mi silla, se quita los zapatos y mira hacia mi ordenador. Joder, es bastante guapa. ¿Por qué no me había dado cuenta antes?

Apoyo el teléfono en una caja y levanto una silla. Me río para mí mismo, cuando pienso que voy a tener un *show* gratis. Joder, un *striptease*. Miro el teléfono y puedo ver a Isobel que empieza a girar las caderas. Maldita sea, esta chica tiene curvas. Hermosas y jugosas curvas.

¡Joder!

—Vamos Isobel... quítatelas, quítatelas —murmuro en voz baja.

Como si pudiera oírme, empieza a desabrocharse la camisa lentamente. Puedo ver sus ojos verdes que miran hacia el ordenador, a través de la melena larga y oscura. Se desliza fuera de su chaqueta y revela sus amplios pechos, dentro de un sujetador rosa con corazones dibujados por todas partes. Oh, mierda, bonitas tetas.

Me imagino agarrándolas, acariciándolas y dándoles un buen apretón.

—Ahora la falda. —Escucho la voz de Leo y me inclino hacia el teléfono.

Mi polla llena mis pantalones, mientras veo a Isobel sujetar la cremallera con los dedos y desabrochar lentamente su falda por detrás.

—Vamos, chica —digo en voz baja.

Observo la falda que cae al suelo. Las bragas rosas, a juego con el sostén, le quedan muy ajustadas. ¡Ding, ding, ding... premio gordo!

Me pregunto qué hace Leo en el otro extremo, ¿tiene la polla en la mano masturbándose frenéticamente? ¿O solo está mirando la pantalla como un maldito idiota? Siento que me estremezco; no quiero imaginarlo masturbándose. Solo quiero ver a Isobel.

Mi polla empieza a sobresalir, me encantaría sacarla y acariciarla mientras mira a la chica, pero resisto el impulso, la guardaré para más tarde.

—¿Te gusta lo que ves? —dice Isobel, como si estuviera pidiendo permiso para seguir.

—Dios, sí, eres tan dulce y caliente —susurro, mientras escucho a Leo decir casi lo mismo. ¡Maldito imbécil!

Me ajusto el miembro en los pantalones y observo atentamente, Isobel acaricia sus pechos y suelta el cierre de su sujetador, lo coloca sobre la silla y mira a la cámara, sus pechos son del tamaño justo para apretar y divertirse un poco.

Me froto los pantalones sin darme cuenta y entonces puedo sentir el calor de mi polla. Joder, sí. Continúo observándola y veo el contorno de su pecho y su perturbado pezón, al moverse. Gira la cabeza hacia la cámara y seductoramente muerde su labio inferior.

Me paro, el bulto en mis pantalones es demasiado para soportarlo mientras estoy sentado, así que sostengo el teléfono y observo como Isobel mete los pulgares en sus bragas rosadas y mueve el culo para quitárselas. Se las baja y mi polla es una roca.

—Jesús, tiene un culo redondo y bonito —murmuro.

Me imagino follándola por detrás, dándole cachetes en las nalgas y sintiendo sus estremecimientos de placer. Se quita las bragas y mira a la cámara, luego revela su perfecto coño rosa, puedo verlo, y está tan calvo como la cabeza de un bebé. ¡Sí!

Joder, ¿este Leo es una mierda total o qué? Quiero decir, ¿quién renunciaría a todo esto? Apuesto a que su sabor es dulce.

—Leo, ¿estás disfrutando?

—¡Diablos, sí! —Puedo oír su grito con voz de niño.

Entonces ella comienza a frotar vigorosamente y puedo oírlo haciendo lo mismo.

—¡Diablos, me corro! —dice en voz alta.

«No me importas, quiero saber qué siente ella».

Entonces, puedo ver a plena vista como ella empieza a frotarse de arriba a abajo. Piensa que el otro tipo está viéndola, pero él no sabe lo que ella vale. Ni siquiera merece la pena pensar en él.

—¡Sí, Leo! —grita, mientras alcanza un orgasmo. Cuando termina, deja de tocarse y suelta ambas manos, una que estaba en su pecho y la otra que está segura entre sus piernas.

Se está riendo y puedo ver que no está sola, ya que Leo la despide rápidamente y termina la charla.

Vuelvo a mirar el teléfono y compruebo que Isobel ha dejado la habitación. Probablemente para ir al baño y vestirse. Me dirijo rápidamente a mi oficina para alcanzarla antes de que se ponga toda la ropa.

Abro la puerta y veo a Isobel deslizándose sus bragas sobre su trasero; se vuelve hacia mí y tiene una mirada de total sorpresa y vergüenza en su cara. Agarra el sostén y lo sostiene frente a sus pechos.

—¿Me he perdido algo aquí? —le pregunto a Isobel con un tono firme.

—Yo estaba, yo solo, señor Stern, oh Dios... —responde ella.

—Te he dicho muchas veces que me llames Christian y que me tutees. Además, te ves muy *sexy*.

—¿Puede girarse para que termine de vestirme? —Sus ojos se llenan de lágrimas.

—¿No crees que ya ha pasado el momento de darse la vuelta? Lo he visto todo, así que no hay nada más que esconder o de lo que avergonzarse. Tienes un cuerpo precioso.

—¿Estaba espiándome? Mientras yo estaba... —Se queda sin palabras.

—Isobel, no estaba espiando. Tengo una cámara de seguridad en el ordenador que detecta cualquier movimiento y se conecta a mi teléfono. Lo vi todo.

—Oh Dios, me siento tan avergonzada.

—No hay necesidad de estar avergonzada y ese tipo, Leo, es un completo imbécil por siquiera pensar en buscar en otro lugar.

¿Debería contarle la rabia que había sentido por ella, mientras se pavoneaba con sus cosas y se desnudaba? No. Lo pienso mejor, al ver que está disgustada, y sé que eso solo la afligirá más.

—Me has impresionado lo que has hecho —le digo antes de sonreír y guiñarle un ojo.

—¿Cree que he estado bien?

—Diablos, si yo fuera Leo, habría echado espuma por la boca y tendría la polla en la mano, descargándola al pensar en ti.

—Vaya, siempre he creído que no soy nada especial, un patito feo y toda esa mierda — responde y sus ojos se iluminan.

—Sí, todo eso es una mierda, pero lo que cuenta es lo que hay dentro. Y deberías terminar de vestirme; puedo ver que tus pezones se están endureciendo de nuevo.

—Oh, lo siento. También lo siento por usar su ordenador. —Comienza a ponerse la falda.

—No hay problema, utilízalo cuando lo necesites, pero recuerda que siempre veré lo que haces, en todo momento —replico con descaro mientras agito el teléfono en el aire.

Observo como Isobel se viste, se limpia las lágrimas de los ojos y se me queda mirando, como si no supiera que hacer.

Capítulo 3

Isobel

Termino de ponerme el resto de mi ropa y me siento humillada. Miro a mi jefe y no sé qué hacer.

No tengo ganas de llamar a Agnes, porque pienso que me he comportado como una estúpida. Me llamó antes, porque Dede estaba en casa de Leo. Me envió una foto de ella y Leo, besándose mientras yo comenzaba la videollamada.

Por eso tuvo que irse de repente, lo estaba esperando en la casa. Revisé sus otros mensajes solo para descubrir que Leo es un bastardo infiel. Ha estado durmiendo con Dede todo el tiempo. Me mintió cuando dijo que debería desnudarme en la oficina sabiendo que iba a seguir con Dede. ¡Qué imbécil!

«Isobel, sé que extrañas a Leo. Odio decirte la verdad así, pero acabo de llegar al rancho con papá, y encontré a Dede aquí. Quería decírtelo por teléfono, pero decidí que es mejor mostrártelo. Así que, sabes que no estoy mintiendo. Te quiero. Si quieres hablar. Solo llámame. Por favor, perdóname por no decírtelo antes. Agnes».

—Verá... —Trató de hablar y casi no me sale la voz. Mi jefe, frío como el hielo, me mira y me siento todavía más tímida. Me trata como si fuera mi amigo, cuando las últimas dos semanas parecía que yo era invisible para él—. Leo me ha estado engañando. Así que quería que me desnudara solo para...

—¡Idiota de mierda!

Piensa igual que yo y camina hacia mí. Está tan cerca que puedo oler su olor a madera. Me pregunto si este es un nuevo jefe porque no parece el mismo que me ha ignorado todo este tiempo.

Nunca habíamos tenido contacto visual, solo emails y, si tenía suerte, algunas instrucciones por el intercomunicador o un gesto con la mano para acompañarlo a una reunión.

Trato de justificarme de nuevo:

—No sabía que había estado con Dede todo este tiempo. Ella estaba en la casa mientras yo me desnudaba para él, hace un momento. Tocándome y creyendo que se quedaría conmigo.

Intento luchar otra vez contra las lágrimas, pero no lo hago bien, ya que empiezan a rodar sin control.

Él sacude la cabeza mientras me acerca. Quiero decirle que me siento completamente perdida, pero no es de los que entienden y sobre todo es mi jefe.

—Puedo ayudarte —ronronea, mientras me acaricia el pelo.

No sé por qué, pero eso me da escalofríos en la columna vertebral. Es muy gentil y controlado. No tiene nada de sexual, pero no impide que me moje de nuevo.

Entonces, el guardia de seguridad se detiene en la puerta y Christian me aparta de él, lentamente.

—Buenas noches, señor Stern. Pensé que no había nadie más aquí.

Christian asiente con la cabeza.

—Ya hemos terminado por esta noche. Llevamos un rato trabajando en los archivos.

Me enfrento al guardia de seguridad y él puede ver las lágrimas que todavía corren por mi cara, mientras intento secarlas y poner una sonrisa falsa.

El hombre se aclara la garganta y mueve su enorme cuerpo desde la puerta.

—Bueno, mientras todo esté bien, seguiré con mis rondas —se despide.

Christian no dice nada y se gira hacia mí, cuando nos quedamos a solas. Me las arreglo para recomponerme y enderezarme. Sus ojos azules se oscurecen al mirarme.

—Si quieres un hombre de verdad, uno que aprecie tu hermoso cuerpo y mente, entonces puedo ayudarte.

—¿Cómo? —Mi voz es un susurro.

Él sonrío.

—Si haces lo que te digo, todos los días, te daré la única cosa a la que te has aferrado durante tanto tiempo. Leo no sería capaz de satisfacerte como puedo hacerlo yo. Créeme, si pudiera, no te haría desnudarte para él en una videollamada con otra chica en la casa. Te abrazaría y suspiraría al acariciarte el pelo. Esa es la forma en la que mereces ser tratada.

—¿Qué significa todo esto, señor Stern? —Me encuentro haciéndolo de nuevo, llamándolo por su apellido. Algo que me ha dicho que no haga una docena de veces—. Christian, siempre me he sentido nerviosa por darle mi virginidad, y no sé por qué...

Se atraganta de la risa.

—Eso es porque es un chico. No un hombre de verdad. No uno que te haga rogar más y más toda la noche.

Me acerco más a él.

—¿Y puedes hacer eso? —Por fin lo tuteo.

Él retrocede.

—Es una promesa que pretendo mantener. Pero tienes que hacer algo por mí.

—¿Qué?

Era como si fuera un cachorro de perro y estuviera a punto de recibir un hueso de su dueño. Parecía desesperada porque jugara conmigo. Deseaba que me satisficiera y me diera toda su atención.

—Te daré unas instrucciones que tendrás que cumplir.

Su declaración me confunde.

—¿Qué clase de instrucciones? —Cuando lo pregunto, ya no está a mi lado, se dirige a su escritorio.

Me agrada saber que le gustó lo que vio, pero una vez más vuelve a ser frío. Sé que, si el guardia de seguridad no se hubiera acercado, tal vez me mostraría de qué está hablando.

—Eso es todo Isobel. Es tarde, y tienes mucho trabajo que hacer mañana. —Ya no sonrío. Se sienta en su escritorio, en la misma silla en la que yo estaba minutos antes.

Esta vez no voy a hacer una videollamada. Él está trabajando y me siento perdida mientras me quedo en la puerta.

—Buenas noches, señor Stern. —Sonrío al salir.

Me ignora, y me marcho de la misma manera que entré, con mi teléfono en la mano y preguntándome qué es lo que el director general tiene en mente para mí. Sé que es indecente y que debería reportarlo a Recursos Humanos. Pero, no lo haré porque considerando que mi novio me ha estado engañando, sabiendo que he estado guardando mi virginidad para él, me hace querer

dársela a un hombre de verdad. Uno que lo aprecie y me haga rogar por más.

Capítulo 4

Christian

Llego a una casa vacía. Justo como me gusta, pero hay veces que pienso en mis padres. Las únicas dos personas a las que he amado de verdad. Hace unos años, murieron en un accidente de coche y su recuerdo todavía me carcome.

En cuanto a mis otros parientes, bien podría prescindir de su compañía. Son como un cubo de esponjas que absorberán todo lo que puedan conseguir de mí, y cuanto más distancia haya entre ellos y yo, mejor. Tengo una visión de todos ellos trabajando en una mina, diablos, seguro que son los mejores buscadores de oro del mundo.

Veó una llamada perdida mientras me sirvo un vaso de bourbon. La cantidad justa para noquearme hasta mañana, cuando salga a correr. Mientras escucho el buzón de voz de mi tío, pienso en ellos, en mis parientes; los que siempre parecen tener un problema u otro. Decido borrarlo ya que no me apetece mi escucharlo. Además, estropea el sabor suave de mi bebida.

Sé lo que va a decirme. Tendré que escuchar otra historia de alguien que está enfermo o que necesita algo. Siempre me pregunto cómo se las arreglan para ser la familia más desafortunada del mundo, porque siempre necesitan mi ayuda. O más bien siempre quieren dinero.

Me dirijo a mi habitación después de terminar mi bebida. Sé que tendré una noche dura, porque todavía tengo el dulce coño de Isobel en la mente. Una cosa es segura, si ella juega según mis normas, pronto se olvidará de ese tipo.



Cuando llego a la oficina por la mañana, veo a Isobel sentada detrás de su escritorio. Anoche, le dio un espectáculo completo al tipo cuyo nombre se me ha olvidado. Eso demuestra lo insignificante que es, y cuanto antes se dé cuenta, mejor para ella.

Se merece algo mejor que ese cabrón.

Me pregunto cuál es su origen, y cuál es el origen de esa mierda de fondo. Me lo imagino como un granjero, usando franela con una brizna de paja en la boca, y un sombrero para protegerse del sol. Apuesto a que parece un verdadero chico de campo y tiene un coeficiente intelectual inferior al número de letras de su nombre.

Tengo trabajo pendiente, pero observo las piernas de Isobel bajo la mesa, su falda está enganchada. Me pregunto si tendrá las bragas puestas.

¡Joder, necesito echar un polvo!

—Isobel, ¿puedes venir? —la llamo.

Veó como agarra su libreta y su bolígrafo y camina hacia mi oficina. Se me van los ojos a sus pechos que son justos del tamaño adecuado, para mostrar un poco de tambaleo mientras camina. Maldita sea, apuesto a que su culo se tambalea así también, al sentarse frente a mí.

Puedo ver que sigue molesta, tal vez piensa que no debería haberse mostrado al chico de campo, o al menos no por videollamada. Probablemente, grabó todo el maldito asunto. Claramente una mujer todavía joven, dulce y muy inocente.

Observo que garabatea notas en su cuaderno, mientras dicto mis necesidades verbales matinales. Normalmente, le enviaría un correo electrónico, incluso lo haría por el intercomunicador, pero hoy quiero verla en acción.

Vigilo sus ágiles dedos y me los imagino envueltos en mi erección. Me doy una bofetada mental y trato de concentrarme en lo que estoy haciendo. Todo el tiempo está tomando notas como una buena chica. Una perfecta sumisa. Puedo oír a Isobel resoplando.

—Toma —digo mientras ofrezco mi pañuelo.

—Gracias —responde, manteniendo la cabeza inclinada.

—Veo que sigues enfadada, no será por algo que haya hecho yo, ¿verdad?

—No, en absoluto. Es por Leo y la forma en que me menospreció y se burló de mí. Dijo que estaba pensado en acostarse con Dede, una chica de la ciudad. —balbucea y agrega— Pero sé que no es verdad. Él ya se ha acostado con ella.

—Que se joda, no te merece. Deberías estar con alguien que pueda mejorar tu futuro y poner una sonrisa en esa preciosa carita tuya —le advierto con mi tono más *sexy*.

Sueno como un tío caballeroso, pero sé que solo trato de manipularla para conseguir lo que quiero.

—¿Por qué hiciste un *striptease* solo para seguir con él?

No me interesa lo que diga; solo quiero que hable de su desnudez de anoche.

—Bueno, él dijo que quería acostarse con esa otra chica... —empieza a decir.

—Está bien, puedes usar la palabra «follar» si quieres —la animo, cortando su frase.

—Está bien, como decía, Leo dijo que se iba a follar a esa Sandra Fox, la perra... si no le dejaba follarme a mí. Tengo la oportunidad de trabajar aquí, así que él dice que he estado aferrándome a mi virginidad demasiado tiempo y que deberíamos haberlo hecho ya —añade.

—¿Eso es todo? ¿No hay más detalles jugosos? —Me apoyo en el escritorio y mi polla se levanta. —Isobel puede pensar que estoy interesado—. Entonces, ¿cómo es este tipo, Leo? ¿Por qué estás tan molesta por él? Lo imagino como un verdadero chico de campo, con sombrero de paja y con la boca llena de tabaco de mascar, ya sabes, ese tipo de chico que tira escupitajos y saluda diciendo: «hola, amigo».

—No, no es nada de eso, es bastante guay. Viste con vaqueros, camiseta y tiene una moto. Es la típica imagen de un chico malo, pero sensible, al que quieren todas las mujeres. —Sus ojos se llenan de lágrimas otra vez.

—Ah, ya entiendo, un Danny como el de la película *Grease* —respondo con una risita.

—¿Quién? —pregunta ella.

—No me digas que nunca has visto *Grease*. Es una película clásica, todo el mundo la ha visto en su infancia: «Wella, Wella, Wella... cuéntame más, cuéntame más. ¿Fue amor a primera vista? Cuéntame más, cuéntame más, ¿se resistió?». ¿Nunca has oído esa letra?

—No, nunca. Lo siento. —Suspira y de alguna manera me hace sentir viejo.

No me jodas, la generación actual no tiene ni idea de lo que se pierde, las películas clásicas nunca pasan de moda.

—Entonces, ¿ese tipo Leo te hace sonreír? —pregunto, mientras camino alrededor del escritorio y me coloco en una posición ideal para mirar el escote de su blusa al tiempo que hablo con ella.

—Bueno, solía hacerlo hasta que empezó a mencionar que debía perder mi virginidad con él. Luego, vine aquí y dejé mi casa, y eso ya fue demasiado.

—A mí me parece un imbécil y no sabe reconocer lo bueno cuando lo ve —suelto, esperando que ella muerda el anzuelo—. Anoche lo vi todo, ya sabes, cada curva y cada pliegue, tuve una verdadera erección por ti.

Isobel se sonroja.

—No sé qué decir a eso, ni si es un cumplido —responde, su cara brillando con un color rojo rosado.

Ella es la perfección de la inocencia. ¡Joder, quiero tenerla ahora mismo!

—No me había dado cuenta de lo *sexy* que eres hasta anoche, tal vez lo ocultas bien, demasiado bien —explico—. Veo tu malestar, pero tienes que madurar, no dejes que esa polla te use así.

—Tal vez tenga razón, necesito seguir adelante, sonreír más —responde, mientras se limpia los ojos y me mira con esos ojos de cachorrito.

Empiezo a dictar de nuevo, pero estoy pensando en un plan, un esquema retorcido. La quiero a ella y a sus emociones. Y no es ninguna tonta, solo está sexualmente frustrada y yo seré el que cambie todo eso para ella.

—Puedes terminar las notas y traérmelas de vuelta, antes de que terminemos —le indico, sin quitarle ojo.

Ella sale de la oficina meneando el trasero. ¡Mierda!

Mi trabajo con ella en el despacho ha terminado, como ha sucedido en otros días, pero esta vez mi mente no conecta con el trabajo. No puedo evitar estar pendiente de ella, contemplándola en su escritorio.

Estoy tan pendiente de todo lo que hace, que ni siquiera me doy cuenta de que va pasando el tiempo y yo sigo quieto, sin hacer otra cosa más que observarla.

No sé cuánto tiempo ha pasado, pero de pronto se levanta de su mesa, decidida, portando unos documentos. Después, entra de nuevo en mi despacho y camina hacia mí.

Por unos instantes me quedo quieto y en silencio, solo observándola, hasta que mi mente reacciona. Por suerte antes de que ella se percate de mi aturdimiento.

—¿Has terminado? —pregunto con voz ronca.

—Sí, ya está todo. ¿Puedo irme ya?

—Estaba pensando en lo que dijiste, en que necesitabas sonreír más y pasar de Leo, el chico de campo. ¿No es así?

—Tal vez, o podría ser solo una forma de hablar —responde con un aspecto jodidamente delicioso.

—Bueno, no sé cómo es para ti, pero te puedo asegurar que no es bueno que te quedes sola y llorando por un tipo que no se merece tus lágrimas.

Ella asiente y permanece en silencio, sin atreverse a mirarme.

—Sé que ahora estás dolida y que necesitas despojarte de tus sentimientos por ese otro tipo. Pero todo puede ser mucho más sencillo.

—¿Qué quiere decir? —pregunta interesada, lo más seguro que al no desear recordar su relación con el granjero.

Al ver su interés, y saber que le estoy convenciendo, me pongo duro.

—Creo que necesitas a alguien que te haga olvidar y te devuelva la sonrisa. Y creo que soy el hombre adecuado. Un hombre de verdad que puede enseñarte a conseguir olvidarlo. Pero solo

puedo hacerlo si de verdad quieres.

Ella se me queda mirando fijamente mientras pienso «ya es mía».

—¿Me ayudaría a olvidar que he sido una tonta todo este tiempo?

—No solo eso. Te ayudaría a que disfrutaras de verdad, con un hombre de verdad.

—¿Me está pidiendo una aventura?

—Te ofrezco más que eso. Te prometo que si aceptas no solo olvidarás a ese cretino, sino que acabarás disfrutando como nunca antes lo has hecho.

Sus ojos se agrandan y su mirada recorre mi cuerpo. Sin duda está pensando en lo que podía ganar si acepta.

—Ahora, Isobel, ¿tenemos un trato? —Extiendo una mano para estrechar la suya.

Deseo tanto tenerla que duele.

—Trato hecho —dice por fin, y yo suelto un suspiro.

Como si no hubiese pasado nada entre nosotros ella sale de la oficina y todo lo que puedo pensar es, «que empiece el juego».

Voy a disfrutar jugando con ella; pero sobre todo ella no recordará el nombre de este tipo cuando termine. Así que es una situación en la que todos ganamos. No solo yo, ella también.

Capítulo 5

Isobel

Parte de mí se siente como si hubiera vendido mi alma al diablo. Quiero volver a la oficina de Christian y decirle que no quería hacer un trato. En realidad, no sé por qué he aceptado. Pero cuando estaba frente a él, sintiendo sus ojos sobre mi cuerpo, no pudo seguir pensando y solo acepté.

Aun confusa, y algo emocionada de que mi sexy jefe me propusiera algo así, salgo del edificio deseando un poco de aire fresco.

Nada más salir me doy cuenta de que tengo una llamada perdida de Agnes. Por suerte ya estoy fuera de la oficina y puedo hablar con ella sin problemas.

—Hola —la escucho decir.

Por lo general me sentiría bien con solo escuchar una voz amable, pero hoy es diferente. No quiero mostrarme fría con ella, ya que no tiene la culpa, pero no puedo evitar la tristeza que me hace sentir el hablar con ella. Más aún cuando sé que vamos a hablar de mi ex.

Decidida a no fingir con ella, ya que es mi mejor amiga y nunca lo he hecho, le contesto sin ocultar mi dolor.

—Hola.

—Isobel, estoy preocupada. Llamé anoche, tu teléfono estaba apagado y hoy no me devuelves las llamadas ni los mensajes.

Me aclaro la garganta.

—No puedo hacer frente a esto, ahora mismo.

Además, mi jefe acaba de ofrecerme un trato donde no sé muy bien donde van a estar los límites. ¿Será solo una aventura de un día, de una semana o algo más?

Por no mencionar que en un día, me he desnudado para mi novio, y mi jefe: aunque esto último sin saberlo, me he enterado de que mi novio me es infiel, lo he mandado al infierno y he aceptado tener una aventura con mi jefe. ¿Qué más podría ocurrirme para redondear el día?

Suspiro y mantengo todo eso en silencio, sabiendo que mi amiga solo quiere consolarme. Aunque en este momento lo que yo quiero saber es sobre Leo y Dede, antes de contarle algo sobre Christian.

—¿Sabes que la familia de Leo está vendiendo algunas de sus acciones? —Asiento, pero luego ella sigue hablando—. Bueno, vamos a comprar uno de sus caballos y fui a verlo con papá, porque se lastimó la rodilla y ahora no puede montar.

Divaga, algo que solo hace cuando está nerviosa. No la interrumpo, pero escucho con atención. Al fin y al cabo, por muy doloroso que sea, quiero saber que ha estado sucediendo a mis espaldas con mi novio.

—Vi que Dede se acercaba y luego se estaban besando. Te mandé la foto. De todos modos, fue antes de anoche. Los he visto varias veces por la ciudad, besándose y agarrados de la mano, pero anoche fue la gota que colmó el vaso. Pensé que no podía dejar que fuera por la ciudad faltándole el respeto a mi mejor amiga. Papá dijo que no debería meterme en un asunto que no es mío, pero te

quiero y una verdadera amiga diría algo, no se quedaría sentada, viendo cómo te faltan el respeto.

No sabía qué decir porque no conocía los problemas financieros de sus padres, pero nunca imaginé que estuvieran tan mal, para vender sus acciones. Tampoco pensé que Leo me faltaría el respeto con otra, especialmente con alguien como Dede.

—¿Empezó con ella cuando me fui? Las fotos eran de las últimas dos semanas, puede que se hay enrollado con ella porque está solo y yo no estoy allí. Quizás solo es algo de unos pocos días. —Trato de quitarle importancia, ya que no soporto la idea de que me haya estado engañando durante meses, o tal vez más.

Ella no dice nada, así que repito mi pregunta. No quiero pensar que no quiere contestarme, solo que quizás no me haya escuchado.

—Puede que hayan empezado a salir y no se están acostando juntos. ¿Sabes con certeza que empezaron antes?

—¿Sabes que Dede era una fresca en el instituto?

Odio que use esas palabras, pero sé que me está defendiendo.

Si un chico se acuesta con alguien es el rey del instituto; sin embargo, si lo hace una chica es una zorra, una fresca o cualquier otra palabra despectiva.

—No la llares así. Por favor. Sé que ella ha estado detrás de él durante mucho tiempo y sabe que estamos juntos, pero es él el que me ha engañado. No ella.

—Los dos. —Está enfadada, aunque se equivoca.

Si Leo me amara, no la habría mirado ni dos veces. Le diría que no tenía nada que hacer.

—No importa —Procuro que mi voz suene calmada—. Supongo que esto ha estado sucediendo durante un tiempo.

Mi amiga evita mi pregunta y no quiero ponerla en un aprieto. No es justo, me doy cuenta de que es a Leo a quien debería hablarle de todo esto.

Ni siquiera me molesto, porque algo me dice que lo único que hará es mentir y decir que Agnes está celosa, que por eso ha inventado historias sobre él.

Sé que Agnes lo odia a muerte, se lo ha dicho suficientes veces.

—Los he visto un par de veces cuando estuviste aquí y le pregunté. Él lo negó, pero ahora es como si no le importara.

—¿Por qué dices eso?

Ella vacila en responder.

—Cuando estaba haciendo una foto de ellos mientras se besaban, él se detuvo y me guiñó un ojo.

—¡Bastardo!

—¡Exactamente! A eso me refiero, Isobel. Ni siquiera vale la pena pensar en él y mucho menos que derrames lágrimas. Prométeme una cosa.

—¿Qué?

Apenas puedo hablar mientras sostengo el teléfono en la mano.

La gente pasa a mi lado y me siento en el centro de la plaza, muy cerca de la oficina. A veces, cuando no me apetece ir a comer con el resto de las compañeras, salgo y me entretengo mirando a todo el mundo.

No tengo que hablar con nadie y me invento una pequeña historia sobre la vida de los demás. Resulta más emocionante, imaginar la vida de otros que la mía, tan aburrida, por eso vine a la ciudad. Quería tener un poco de sentido de la aventura antes de casarme.

Debería entristecerme al saber que no me voy a casar pronto, pero tiene el efecto contrario, es

un alivio bienvenido.

—No desperdicies ninguna lágrima por él, por favor. Sal con alguna chica; con Jean, la que trabaja en finanzas y te ha ayudado tanto desde que estás allí. Diviértete por una vez en tu vida.

—Pensaba que trabajar en la ciudad era divertido.

—Sí, pero cada vez que te llamo, estás durmiendo o en camino o en la oficina. Sal y diviértete. Por favor.

No necesitaba pedírmelo dos veces.

—Bueno, entiendo el mensaje.

Estoy pensando en lo que dijo mi jefe, lo que ofrece y la emoción de no saber exactamente lo que pretende me hace sonreír. Ya no me parece tan disparatada la idea, ni me arrepiento de haber aceptado. Mi amiga tiene razón, debo empezar a disfrutar de la vida, de vivir la aventura que anhelaba al venir a la ciudad.

—Me divertiré. No te preocupes.

—Uf.

—¿Y tú?

—Isobel, tengo un caballo que entrenar. El estúpido de tu ex novio no solo no sabe cuidar de las mujeres, sino que ni él ni sus padres saben cuidar de un caballo. —Hace una pausa y parece que quiere decirme algo más, pero en cambio me dice—: Vale, tengo que irme. Recuerda llamarme cuando quieras. Estoy aquí para lo que necesites y no puedo esperar hasta que vengas.

No es la única y faltan cuatro semanas para que nos veamos. Para entonces habré saludado con la mano a mi virginidad y estaré deseando a mi jefe.

—Te quiero. Cuídate.

Esta vez vuelvo a la oficina, no con el ceño fruncido o incluso con lágrimas en los ojos, sino con una gran sonrisa. Las cosas van a cambiar; puedo sentirlo y no por maldad. Solo para bien.

Capítulo 6

Christian

Miro mi reloj, se hace tarde, hemos tenido algunos trabajos urgentes, y tenemos que terminarlo para esta noche. Observo a Isobel mientras se aleja escribiendo frenéticamente. Aunque solo han pasado veinticuatro horas, su actitud y comportamiento parece haber cambiado para mejor.

Parece más relajada, más contenta de lo que estaba el día anterior. Toda una sorpresa, pues pensaba que esta mañana aparecería ceñuda, ojerosa y cansada tras no poder dormir y haber estado llorando.

Sin embargo no parece molesta y ha adelantado mucho trabajo. Si no hubiera sido por ella, hoy estaría en la mierda. No es que quiera elogiarla, es su trabajo y ya sabemos que hay que hacer todo lo posible para complacer a un verdadero jefe. ¡Un jefe multimillonario!

Sonrío, pues siempre me divierte recordar que soy el jefe, uno muy rico. Es como si chasqueara los dedos y ocurrieran las cosas. O tal vez sea mi fuerte y dominante personalidad la que consigue que obtenga mis propósitos.

—Isobel, hoy pareces diferente. ¿Qué ha cambiado? —le pregunto mientras levanta la cabeza del teclado.

—Escuché lo que dijo ayer y he meditado esta noche. —Sonríe ligeramente.

—Al parecer con buenos pensamientos. ¿Puedo saber, sobre qué?

Me siento para que me lo cuente y deseo que no lo piense demasiado. No quiero que se dé cuenta de que intento meterme en sus bragas, eso sería desperdiciar todo mi esfuerzo.

—Ya sabe, la situación con Leo... Puede que, en el fondo, tenga un corazón de chico de campo y no consiga cambiar. Es un chico de pueblo que no tiene visión de cosas más grandes y mejores y yo sí. Sé que hay una vida fuera de las ferias de campo y de la época de la cosecha.

—Comprendo, pero ¿qué intentas decir? —Tengo esperanza de obtener algunas respuestas reales.

—Sé que merezco algo mejor y debería dejar el pasado donde está.

—Bueno, no me hagas responsable si todo sale mal, ya que todavía no te conozco en profundidad, pero podrías descubrir que en el corazón eres una chica de campo, pero con aspiraciones de ser una chica de gran ciudad. —Muestro una gran sonrisa.

Dios mío, empiezo a parecer un modelo a seguir para una virgen de diecinueve años.

¿Qué coño me pasa?

Espero que no me mire como una figura paterna, eso arruinará mis posibilidades de tirármela.

Joder, podría estar allí con ella ahora mismo, con sus uñas clavadas en mi espalda y ella gritando, «Christian, Christian, fóllame más fuerte».

—No le culparé, no importa lo que pase. Tal vez esa estúpida videollamada fue lo mejor que me ha pasado, especialmente desde que me dijo que se había puesto caliente al verlo... —Sé que está esperando que le conteste, pero ya sabe la respuesta a su propia pregunta—. Ahora sé que otros hombres me mirarán. —Me encanta escuchar su voz—. No necesito aferrarme al «chico de campo» como lo llama usted, puede convertirse en un recuerdo, un impulso hacia cosas más

grandes y mejores. Sobre todo, sabiendo que es incapaz de mantener su polla en los pantalones.

Conmocionado, me siento en mi mesa y la observo; de alguna forma, ella es como una oruga que se ha convertido en mariposa, o en una mariposa con cuernos. Es como si fuera a agarrar la vida con ambas manos y agitarla hasta que ceda. Joder, he creado un monstruo.

Puede que sí, que haya creado un monstruo sexual. Y ella estará dispuesta a explorar sus sentimientos y emociones ocultas, se abrirá a experimentar cosas nuevas. Voy a enseñarle cómo tener una preciosa cara sonriente y mantendrá mi sonrisa en el proceso.

—Creo que es hora de que vuelvas a sonreír, ¿no crees?

—Ya he tenido mi parte de pesimismo y tristeza. Desde que llegué, todo lo que hago es trabajar. Ni siquiera me divierto. Es como si tuviera noventa y no veintidós años. —Se encoge de hombros. Puede que haya estado viviendo así, pero seguro que no parece tener noventa años. Me mira y agrega—: Estoy dispuesta a todo lo que me haga sentir más feliz.

Sé lo que quiere que haga. Es una invitación abierta para ejecutarla ahora mismo, pero sería demasiado fácil. Ya le dije que no me parezco en nada a su chico de campo y hablaba en serio.

Me duele la cabeza. Hablo y pienso en dos direcciones diferentes. Mi discurso es cortés, sin embargo, tiene un significado profundo detrás. Me gusta y la deseo mucho.

Los pensamientos de su cuerpo desnudo se retuercen sobre mí... joder, me pone cachondo, pero todavía no. Tengo que prepararla para mis avances y necesita desearme tanto como yo a ella. Muy pronto. Sí, será muy pronto.

—Solo una hora más de escribir a máquina y estaremos listos para otro día. ¿Crees que terminaremos a la misma hora mañana? —me pregunta ella con voz inocente.

—No, tengo la sensación de que mañana va a ser muy diferente, mucho más emocionante que hoy. —No tiene ni idea de que estoy hablando de nuestra diversión y juegos. No me refiero al trabajo. No, será mucho mejor.

Tal y como dijo, haría cualquier cosa por volver a sonreír. Joder, cuando acabe con ella estará sonriendo de oreja a oreja.

—Genial, ¿qué vamos a hacer?

—Te lo diré más tarde; no quiero que pienses mucho en ello. ¿No te gustan las sorpresas?

Sonríe y duda, antes de responder. A todas las chicas les encantan las sorpresas, especialmente si son tan jóvenes.

—Bien, Christian, usted gana. Es el jefe y sus deseos son órdenes para mí, por decirlo de alguna manera.

—Más vale que lo creas, lo que vale es lo que yo digo, no importa lo que pase.

—¿Necesita algo más?

—No, regresa a tu mesa y continúa con lo que estabas haciendo.

Miro el contoneo de su culo de nuevo, echo la cabeza hacia atrás y cierro los ojos; entonces, me viene una imagen de ella arrodillada sobre mí y frotando su sexo depilado contra mi cara.

Agarro sus nalgas y las aprieto, mientras su coño se abre con el toque de mi lengua, su clítoris late con cada movimiento y su trasero se tambalea con cada lametón.

Si no salgo de aquí, terminaré tirándomela en la mesa o peor aún, probando su dulce coño.

La llamo por el intercomunicador:

—Isobel, ¿has terminado?

—Casi. Se están subiendo los archivos y todavía tengo que apagar el ordenador.

—Entonces, empezaré a cerrar.

No dudo en salir de mi oficina. Soy como un niño pequeño ante un nuevo experimento que se

va a hacer en la clase de ciencias. El mismo que voy a practicar mañana y, entonces, sabré con seguridad si voy a jugar con ella de tantas maneras diferentes, que no podrá sentarse derecha durante la próxima semana.

—¿Estás lista para averiguar en qué va a consistir nuestro trato?

—Sí, por favor. Si le digo la verdad, resulta tan excitante como la Navidad.

Sonrió, pues lo que tengo pensado no tiene nada que ver con la Navidad ni la inocencia.

—Cada día te diré algo que tienes que hacer para mí. Algo sexy que te haga sonrojar y divertirse a la vez. Cada vez será más atrevido y excitante, por eso es bueno que confíes en mí.

Vi como tragaba saliva y se humedecía los labios.

—No tienes que preocuparte por nada. Será algo entre tú y yo. Nadie más va a enterarse.

Ella asintió con la cabeza y me dedicó una sonrisa. Me encantó que confiara tanto en mí.

—De todas formas, si algo te hace sentir incómoda, solo tienes que decirme que no. Pero te aconsejo que lo pruebes primero. ¿Estás preparada para tu tarea de mañana? —Lancé mi chaqueta sobre el hombro mientras esperaba su respuesta.

—Sí. —respondió segura, lo que me hizo sonreír.

—Bueno, tu primera tarea es bastante sencilla. —Vacilé antes de decírselo, pero me doy cuenta de que se muere por saberlo—. Mañana, ven a la oficina con una falda corta. Sin bragas.

—¿Bromea? ¿No es un poco, ya sabe, arriesgado?

—Joder, la otra noche, tenías el culo al aire delante del chico de campo y de mí. Unos segundos más y habrías deslizado el dedo por tu coño. ¿Qué puede ser más revelador que eso?

—Bueno, dije que haría cualquier cosa. —Trata de encontrar una salida.

—¿Y?

—Supongo que será mejor que cumpla mi parte del trato, después de todo lo que hemos hecho.

¿Me está haciendo enfadar? ¿O me estoy frustrando? La imagino mañana, sentada frente a mí y levantando su falda, mientras escribe a máquina. Entonces, abre las piernas y me mira, mis ojos se van directamente a su coño.

Estoy atrapado por ella y me enfado en el proceso, nunca he esperado tanto tiempo para follar y no sé por qué es diferente con ella.

—Asegúrate de enviarme una foto, para demostrar que no llevarás bragas.

Necesito dejar su escritorio, o haré algo de lo que me arrepentiré.

—Podré demostrártelo —me tutea.

Me voy y pienso que no necesito escuchar más de esta conversación. Sabía que debería haberle enviado un mensaje, pero si lo hacía y cambiaba de opinión, podría usarlo en mi contra. Además, tengo la sensación de que ella está más emocionada con esto que yo.

De repente, me giro para replicar:

—Podrías demostrarlo, pero no será lo mismo. Foto. No lo olvides.

Me marché sabiendo que, si no está entusiasmada con lo que acabo de proponerle, pronto lo estará. Tengo una enorme erección y necesito liberarla en cuanto suba al maldito coche.

Capítulo 7

Isobel

Me he despertado antes de lo habitual; son poco más de las cinco y estoy bien despierta. Tal vez son los pensamientos de mi primera tarea los que me hacen estar tan animada. Me tumbo en la cama y valoro si debo continuar con su trato. Aunque soy una chica muy reservada, lo encuentro excitante.

Creo que lo único que me convence de ir a la oficina es lo *sexy* que es Christian. Es el hombre ideal en apariencia, pero en actitud apesta y la mayor parte del tiempo se comporta como un completo idiota.

Pienso en su físico, en lo alto que es y su pelo rubio oscuro. En cierto modo, tiene los mismos rasgos que Leo. También sus ojos, de color azul, recuerdo cómo me derriten y hacen que me tiemblen las piernas cuando está cerca de mí.

Al final, decido ir sin bragas y evalúo qué falda será más apropiada, hasta que opto por una de lápiz. Es una falda ajustada y le pondrá cachondo, así comprobará que he completado mi tarea.

Una mirada más al espejo y me marcho a la oficina. No puedo creer que, en pocos días, haya pasado de ser una chica tímida a una juguetona y traviesa. Agnes dijo que me divertiera y eso es exactamente lo que pienso hacer a partir de hoy.



Llego a la oficina y me emociona la idea de que Christian me mire sin bragas. Subo en el ascensor y llego a nuestro piso. Al salir del ascensor, puedo sentir una atmósfera más ligera y me pregunto qué está pasando. Miro hacia la oficina de Christian y la puerta está cerrada. Me rasco la cabeza, preguntándome por qué ha cerrado.

Llego a mi escritorio, reviso su horario y me doy cuenta de que hoy no está en la oficina. ¡Maldita sea! ¿Por qué me dijo que no llevara bragas si no va a estar? Entonces me doy cuenta, por eso quería que le enviara una foto.

No soy muy buena en esto.

—Hola Isobel, ¿qué pasa? —saluda una compañera.

—Ah, nada, solo estaba pensando, olvidé que Christian estaría fuera todo el día. —Suspiro y me doy cuenta de que he estado hablando conmigo misma en voz alta, por eso se ha enterado que estoy molesta por algo. Es una costumbre que heredé de mi madre y que tengo que eliminar.

—Aprovecha, Isobel, esto no sucede muy a menudo. Nos vendría bien pasar más días con él fuera.

—¿Por qué dices eso?

Se ríe.

—Es un negrero. ¿Alguna vez lo has visto salir de la oficina?

Sacudo la cabeza, maldita sea, odio mentir. Quiero decirle que lo vi salir anoche. Caminaba tan rápido que pensé que iba a tomar las escaleras. Sé que lo puse caliente, pero se contuvo como siempre.

—¡Exactamente! Eso es porque trabaja demasiado y quiere que todos trabajemos igual que él.

Le sonrío, pensando que tengo que ir al baño y tomarme una foto sin bragas. Me siento muy tonta pensando en todo eso.

—Bueno, te dejo soñando con tu día —se despide Jean, mientras se echa el pelo a un lado.

—¿Qué?

—Parecía como si hablaras sola, antes de que yo llegara.

—Una locura, ¿verdad? Sé que lo heredé de mi madre.

Ella sacude la cabeza.

—No, es algo bonito. Luego nos vemos, ¿verdad? ¿Vendrás a almorzar?

Asiento con la cabeza, pensando que Christian no está aquí y no haré nada con él.

—Genial, nos vemos luego.

Jean vuelve a su escritorio y se acerca a las otras chicas. Sin duda, están cotilleando sobre algo. Es algo que ocurre cuando el jefe no está, las lenguas empiezan a menearse y se cuentan todo tipo de chismes, especialmente sobre él.

Entro en la oficina de Christian y dejo algunos documentos en su mesa. Entonces, suena el teléfono de mi escritorio y transfiero la llamada al suyo.

—¿Isobel?

Mi corazón se acelera cuando escucho la voz de Christian al otro lado.

—Sí, soy yo.

—¿Qué haces? —pregunta con rudeza.

—Acabo de poner algunos informes en tu escritorio para cuando vuelvas a la oficina — respondo feliz de escuchar su voz.

—¿Has hecho lo que te ordené?

—Sí, y no puedo creer que no estés aquí para verlo.

—Mientras sepa que no llevas bragas, eso es suficiente para mí. Además, recuerda que te dije que te hicieras una foto.

—Bien, entonces tomaré la foto después de ponerme las bragas.

—No —lo dice tan fuerte que mi corazón se detiene.

—Pero no estás aquí.

Se ríe.

—Lo sé, pero como te advertí, haz lo que yo diga, sin preguntas.

—Oh. —Ahora, me siento tonta. Me comporto como una niña que trata de jugar en el gran patio de recreo, con todos los niños geniales que conocen este juego, y no tengo ni idea de lo que estoy haciendo—. Si tú lo dices. Sueno un poco desinflada, ya que la emoción que sentí esta mañana al entrar en la oficina se está desvaneciendo.

—Todo a su debido tiempo, todo a su debido tiempo, todo se aclarará más tarde —responde—. Entonces, ¿qué se siente al no llevar bragas?

—Es diferente, sobre todo cuando el viento sopla justo en ese lugar —explico, al tiempo que imagino ráfagas de aire golpeando contra mi coño.

—Ah, ¿tienes el coño depilado? El otro día, no lo vi con claridad en la cámara.

—Cielos. Uhm..., sí. —Me sorprende que estemos hablando de mi coño.

—Estaba pensando que, como chica de campo, lo tendrías tupido, un montón de vello púbico

oscuro.

—Estamos en el siglo XXI, no conozco a muchas mujeres con un arbusto —respondo mientras me río.

—Debo irme, mi reunión empieza en un minuto y tengo que deshacerme de esta erección.

Sonríó al enterarme de que le he provocado una con mis palabras. Vuelvo a mi mesa, complacida de que haya pensado en mí sin bragas. Además, me ha asegurado que podrá experimentar más cosas.

El día parece arrastrarse, entre las notas que tengo que escribir y todo el trabajo pendiente, pero dejo escapar un suspiro de alivio cuando miro el reloj y veo que es casi la hora del almuerzo.

Jean se acerca a mi escritorio.

—Oye, ¿vienes a almorzar?

—Acabo de recordar que hoy he traído comida —le explico a Jean que parece decepcionada.

—Vamos a comer hamburguesas grasientas —me advierte de camino al ascensor—. ¿Estás segura de que no quieres venir?

Ella mueve el dedo para incitarme a unirme al grupo. Podría ir y tomar un menú completo, odio admitirlo, pero no puedo permitirme comer fuera, al menos durante un tiempo.

Veo marcharse a todo el mundo y se cierra la puerta. Soy la única persona que está en la oficina, apoyo la cabeza en las manos y sueño con lo que podría haber sido si Christian hubiera estado aquí.

Me imagino entrando en su oficina e inclinándome para recoger un papel; lo miro por encima del hombro y se me levanta la falda. Mi coño inflamado palpita entre mis piernas.

—Oh, lo siento, Christian.

Abro los ojos para asegurarme de que nadie ha vuelto a la oficina y no me ha escuchado; todavía estoy sola, así que vuelvo a cerrarlos y sigo con mi imaginación.

Tu turno, me imagino diciéndole a Christian.

Observo como abre su cremallera y saca su polla. Abro los ojos con sorpresa al ver su tamaño. Es enorme y él pone las manos en las caderas.

Escucho el teléfono sonar y abro los ojos. Miro el reloj y la hora de la comida casi ha terminado. Levanto el teléfono y contesto.

—Isobel —dice Christian—. ¿Cómo está todo en la oficina?

—Todo está bien aquí, ¿cómo te va a ti?

—Hasta ahora todo bien, una reunión difícil, pero como siempre, soy yo el que sale ganando. —Su voz suena complacida—. Veo que casi ha terminado la hora de la comida. ¿Has estado fuera?

—No, me quedé en la oficina. Estaba soñando despierta.

—¿Soñando despierta?

—Pensaba en películas antiguas y en cómo cambian las escenas cuando envejeces.

—Entonces, ¿has tenido un almuerzo aburrido?

—No, para nada. En realidad, ha sido divertido soñar despierta, especialmente si tienes en cuenta que no llevo bragas. Eso pone una perspectiva diferente en tus pensamientos. —Le digo divertida y provocativa.

—¿Estás tratando de ponerme duro de nuevo? —Niego con la cabeza y me tapo la boca con un dedo. Él sabe lo que estoy pensando—. No te olvides de enviarme la foto.

Cuando cuelga, estoy a punto de levantarme y hacerlo, pero entonces todos regresan a la

oficina. Lo haré más tarde, cuando no haya nadie, y puede que haga algo más que enviarle una foto de mi coño. Tal vez, le envíe un vídeo, como el que hice en la videollamada con mi exnovio, Leo.

Capítulo 8

Isobel

Le envié la foto y esperé respuesta. Me hubiera gustado hacer algo más, un vídeo, pero en el último minuto me acobardé. Sobre todo, desde que escuché a algunas de las chicas que entraban en el baño. Me sentí como una novia plantada, esperando todo el día que respondiera, y cuando acabó la jornada todavía no había dicho nada.

No dormí bien, especialmente sin saber de él.

En cuanto llego a la oficina, estoy de mal humor. Miro la puerta de su despacho y la veo cerrada de nuevo. Me pregunto si ha salido, pero entonces veo una caja en mi escritorio.

No tiene sello, es roja y lleva un lazo a juego. Hay una tarjeta encima y, cuando la recojo, me siento como una niña pequeña en el día de Navidad. Quiero abrirla, pero empieza a entrar gente y la meto en mi bolso. Me dirijo al baño con rapidez y entro en uno de los cubículos.

Tan pronto como cierro la puerta, abro el bolso y agarro la tarjeta.

«Isobel:

Pon este regalo entre tus piernas, cerca de tu dulce coño. Cuando termines, pon las bragas en la caja y vuelve a tu escritorio.

Christian».

Me doy cuenta de que se trata de uno de sus juegos. Quiere que siga unas instrucciones y la idea me excita. Puedo imaginar su fuerte acento, que es una mezcla de inglés británico y americano. Siento como si estuviera detrás de mí, susurrándome que lo haga y le envíe una foto. Intento pensar en cuánta gente hay en la oficina ahora.

No he visto a mucha y presiento que ahora es una oportunidad demasiado buena para pasar de largo. Si voy a mi escritorio, me siento y espero, puede que me acobarde. Además, no hay tiempo como el presente. Quiero ver lo que contiene la caja. La agito y pienso que solo puede ser una cosa, un consolador.

Me aseguro de que no hay nadie en el baño, reviso por si veo algunos pies y espío en el fondo de las puertas. Extiendo la mano y no es lo que esperaba. No hay ningún consolador, solo otro par de bragas.

Entonces, algo cae al suelo y descubro que no son unas normales, ya que hay una bolsita con algún tipo de mini consolador.

¡Mierda!

Al leer varias veces las instrucciones, me doy cuenta de que quiere que me las ponga para poder correrme en cualquier momento. Después de comprobar otra vez que no hay nadie en los cubículos, me quito las bragas, alargo la mano y pongo la bola contra mi sexo. Luego ato los extremos de la prenda a cada lado y meto en la caja las que me puse esta mañana. Luego, la guardo en el bolso y me dirijo a los lavabos.

Me lavo las manos y me siento una chica traviesa. Al salir del baño me encuentro con Jean. Llevo el bolso firmemente contra mi pecho.

—Buenos días, ¿no me digas que hoy tampoco vas a venir a comer con nosotras?

Sé que no puedo dejarla plantada. Ya puedo ver la decepción escrita en su cara.

—De ninguna manera. Vendré a buscarte a la una.

Ella asiente con la cabeza,

—Solo espero que no te mantenga ocupada hoy. Ya que ayer no estuvo.

¡Está aquí!

Siento como si hubiera respondido a todas mis oraciones. Me esfuerzo por actuar con naturalidad, pero es muy difícil cuando tienes algo contra tu coño y todo está controlado por un hombre.

—Vaya, pareces feliz.

Ella no tiene ni idea de cómo me siento, pero necesito fingir mejor. Tengo la extraña sensación de que sospecha algo porque no soy una gran actriz.

—Hablé con mi familia esta mañana. Ya sabes que los echo de menos. Es la primera vez que salgo de casa.

—Isobel, sé que no es fácil para ti. Recuerdo la primera vez que salí de casa...

Gracias a Dios que alguien más quiere usar el baño.

—Sí, te veré más tarde.

Casi tropiezo mientras me voy con rapidez en dirección a la oficina de Christian. Nada se va a interponer en mi camino, nada hasta que le de mi regalo. Uno que quiero que disfrute más que nada.

Las puertas se abren y no puedo esconder la emoción al entrar en su despacho. Ni siquiera llamo de lo entusiasmada que estoy.

—Buenos días, Isobel.

—Buenos días, Christian. —Asiento con la cabeza mientras lo veo vestido de oscuro. Nunca pensé que pudiera estar más *sexy*, pero hoy viste un traje negro, con solo un pañuelo rojo, que termina por sorprenderme.

Saco la caja de regalo de mi bolso y la pongo en su mesa.

—Este es el tuyo.

Él afirma con la cabeza y no toca la caja.

—¿No crees que es mejor que cierres?

Corro a la puerta y pienso que trato de parecer *sexy*, pero estoy fallando. Respiro profundo y no quiero que nada salga mal. Otra vez no. Cierro la puerta y me giro para enfrentarlo.

—Ya está.

—Siéntate.

Me muevo lenta y seductoramente hacia la silla y él sonríe mientras me mira.

—Supongo que te gusta.

—Todavía no sé para qué sirve. —Le devuelvo la sonrisa.

—¿Quieres que te lo enseñe?

Cruzo las piernas como si fuera Sharon Stone de *Instinto Básico* y digo:

—Sí, por favor.

Entonces saca algo de su bolsillo y, en ese momento, sé exactamente para qué sirve el mini consolador.

—¿Dónde lo has puesto?

—En el interior.

—Buena chica, ahora prepárate para el viaje.

Me agarro a ambos lados de la silla cuando mis jugos empiezan a filtrarse a través de la tela. Es como si me acariciara suavemente en todos los lugares correctos. Ni siquiera puedo hablar, ya que noto su ritmo constante. Abro los ojos por un segundo y veo que me está mirando.

Sostiene el control remoto en su mano y lo presiona de nuevo.

—Ah —gimo mientras arqueo mi espalda y me levanto en la silla de cuero. Las bragas de encaje contra mi piel no solo tocan mi sexo, sino también otras partes de mi coño. Ver sus ojos en mí, me hace imaginar que es él quien me hace esto. Sus dedos me acarician de arriba a abajo. Empiezo a respirar con dificultad y escucho su voz susurrante.

—Así es. ¡Ven con papá!

Hago justo eso. Él observa cómo me voy a correr y sabe acelerarlo. Intento contenerme, pensando que hay más gente en la oficina, pero no puedo evitarlo y empiezo a gritar.

Arqueo la espalda y me muerdo la lengua. No puedo hacer esto, no con todos alrededor. Y luego, cuando me atraviesa un tremendo orgasmo, siento tanto calor que pienso que voy a derretirme, a pesar del aire acondicionado.

Necesito respirar y tomo aire para calmarme. Incluso olvido que Christian me está mirando hasta que habla.

—Eso es todo por ahora, Isobel.

Cuando abro los ojos, veo que tiene mis bragas. Las que me puse para venir a trabajar. Las está oliendo y me sonrío.

—Puedes venir en una hora y hacerlo todo de nuevo.

—¿Otra vez?

Vuelve a poner las bragas en la caja.

—Eso es, a menos que prefieras hacerlo en tu escritorio.

—¡De ninguna manera, Christian!

—Vuelve exactamente en una hora.

—¿Y después de eso?

Levanta una ceja.

—Puedes dejar de venir hasta que te diga que vengas de nuevo.

No dice nada más que eso. Me hará ir y venir todo el día. Debería frustrarme y decirle que ya he tenido suficiente de sus juegos, pero no lo hago porque, por otro lado, no quiero que se detenga.

Capítulo 9

Christian

Ayer fue como un sueño hecho realidad. A este ritmo, voy a necesitar acciones en el *sex shop*, ya que fui y compré otro consolador. Estoy sentado en mi despacho y me pregunto si ha hecho lo que le pedí.

Hasta ahora, no se ha negado, es como si hubiera una ninfómana escondida en su interior, acechando bajo la superficie, esperando a poder cumplir todas sus fantasías.

No puedo aguantar más. Ayer, después de hacerla venir a cada hora, no pensé que seguiría mi juego. Al ver su sonrisa, sé que me he equivocado.

—Isobel, ¿estás ahí?

—Sí, estoy aquí.

—¿Puedes venir? Quiero hacerte una pregunta.

—¿Tengo que tomar notas? —Se pone nerviosa.

—No, quiero saber si hiciste lo que te dije, si seguiste las instrucciones tal y como las dejé.

—Uhm, sí. Seguí las instrucciones al pie de la letra.

—Entonces, ¿qué pensaste de tu regalo?

—Me encanta. Fue muy agradable y una verdadera experiencia. —Parece emocionada y necesito saber más. ¿Cómo se sintió? Porque yo tuve que masturbarme cada vez que la hacía venir al despacho.

—Trae la caja. Quiero revisar el contenido.

Vi cómo se movía al salir de la oficina y cómo se agachaba para alcanzar su bolso, mostrándome una panorámica de su culo redondo. Ahora la imagino en esa posición mientras le meto la polla en su coño rosado y apretado.

Ella regresa a la oficina, abre su bolso, saca la caja y me la entrega.

—Cierra la puerta.

—Christian, ¿quieres que entre o salga?

—Entra, quiero comprobar que has completado tu tarea correctamente.

Se da la vuelta, cierra la puerta y mira hacia mi escritorio.

Pongo la caja sobre la mesa y saco el consolador. Entonces miro a Isobel y puedo ver sus ojos brillar, mientras su mente regresa a su tarea del día anterior. Me pongo el consolador en la nariz y huelo el aroma de su coño en el aparato.

¡Joder!

—¿Así que te las arreglaste para meterte todo esto dentro?

—Se metió hasta el fondo, bastantes veces. Espero que nadie me haya escuchado.

No se da cuenta de lo mucho que me está excitando ahora mismo. Cualquier otra mujer se habría rendido, habría dicho que no podía volver. Ayer, cada vez que le dije que viniera, esperaba que se quejara; pero nunca lo hizo.

Era como si disfrutara cuando la llamaba por el intercomunicador. Sabía lo que quería de ella y tuve que ir a buscarle otro juguete. La idea de volver a mirarla, me va a llevar a la tentación. De

esta forma podría saber lo que hace sin tener que ir al baño y masturbarme.

Ella está lista para que la haga mía, pero algo me retiene. ¿Tal vez es su edad? O el hecho de que es virgen. De cualquier manera, sé que me la follaré, solo necesito un poco más de tiempo.

Le quito las bragas y me las pongo en la nariz; todavía puedo sentir una ligera humedad mientras inhalo el olor de su excitación.

—Huele a néctar de los dioses. —Me froto las bragas mojadas por la cara.

—Me alegro de que apruebes mi...

Inhalo su aroma al tiempo que mantengo mi mirada fija en ella; tuvo que limpiarse las bragas después de venir. Las que llevaba ayer no olían tan bien como hoy. No, este es un olor diferente. Uno que me dice que está lista para que la posea. Ayer, estaba tratando de ma...

—Eso es todo. Puedes volver al trabajo y cerrar la puerta al salir.

Es mejor que se vaya antes de que pierda el control y la tumbe sobre mi mesa. La veo cerrar la puerta, cojo el consolador y paso la lengua por él. Puedo saborear sus jugos e inmediatamente empiezo a pensar en su dulce coño. Apuesto a que sabe igual de dulce. La imagino con un pie en el asiento del inodoro, mientras abre los pliegues de su sexo con la punta del consolador.

Mi polla se pone dura al pensar que el aparato se desliza en su coño mojado, me desabrocho el pantalón y me la agarro. Tomo las aromáticas bragas y las envuelvo alrededor de mi polla mientras me acaricio lentamente. Me imagino la humedad de sus bragas en mi pene.

Empiezo a levantar las caderas en mi silla mientras me la follo mentalmente, mi polla dura y palpitante en la mano. Me acaricio más y más rápido, mientras imagino su coño siendo embestido por el consolador.

Es como si la viera penetrándose con el aparato, abriéndose la blusa y deslizando una mano dentro del sujetador. Sus dedos agarran un pezón y juguetea con él, su coño está muy mojado, el consolador se desliza profundamente y la hace estremecerse.

Me pongo de pie y dejo que mis pantalones se deslicen hasta el suelo. Es como si tuviera mi polla dentro de ella, me apoyo en la mesa mientras empujo con la otra mano hacia arriba y abajo. Observo la puerta por si entra alguien, pero no veo señal de movimiento.

Agarro el consolador y lo enciendo, las vibraciones llenan mi mano y lo sostengo contra mis bolas. Eso hace que me ardan las pelotas y la base de mi erección. Aprieto la mano y me acaricio más fuerte, el olor de Isobel llena todo el aire.

Imagino su coño envuelto alrededor de mi polla, el calor aumenta mientras su cuerpo está a punto de explotar, el consolador sacude el semen dentro de mis bolas y los golpes vuelan a la base de mi estómago. Me tiemblan las piernas y siento espasmos de placer por todo mi cuerpo.

Pienso en cómo su coño está lleno de vibraciones. Al escuchar el suave zumbido, siento un enorme orgasmo en lo más profundo. Quiere gemir y se muerde un dedo para evitar el grito. Su cuerpo se convulsiona cuando su coño se libera y empapa las bragas con su humedad.

Mi cuerpo está a punto de soltarse, tomo las bragas y las pongo en mi escritorio, acaricio mi polla cada vez más rápido. Mi semen caliente se dispara desde la punta de mi polla y aterriza en las bragas, nuestros jugos se unen y se convierten en uno solo.

¡Oh, sí!

Capítulo 10

Isobel

Miro el reloj y veo que es casi la hora del almuerzo. Jean viene a la esquina con un par de chicas y se dirige hacia mi escritorio. Entonces, recuerdo que le prometí que iría a su escritorio a buscarla para almorzar. ¿O eso fue ayer?

Fue ayer, pienso con alivio. Christian me hizo ir a su despacho tantas veces que pensé que era imposible. Nada más irme, tocaba el botón y me hacía regresar. Hoy, he tenido el control para hacerlo yo misma. Me sorprendió que me enviara otro regalo, pero esta vez no quería verme ir y venir. Solo que le hablara de mi experiencia.

—Tierra a Isobel. —Sacudo la cabeza mientras Jean me habla, y no respondo—. Te preguntaba si vendrías hoy. ¿Estás bien? —Se acerca más a mí—: ¿Te está haciendo trabajar demasiado? Porque ayer no permitió que te sentaras ni un minuto. No dejaba de pedirte que fueras a su oficina.

Necesito encontrar una manera de engañarla y decirle que todo está bien.

—Claro, todo está bien. Es solo que echo de menos mi casa.

—Entonces, ¿qué te apetece hoy, comida basura o algo más saludable?

—Me apetece ir a ese sitio mexicano en el que hacen una ensalada estupenda —digo, mientras tomo mi bolso y empezamos a caminar hacia el ascensor.

Ni siquiera quiero saber qué está haciendo en su oficina. O podría sentirme tentada de quedarme y ver si hoy es el día en que me toca. Debe desearlo pronto, me nuero por hacerlo.

—Comida sana, entonces. —Jean revisa su teléfono y cuando entramos al ascensor, se detiene.

Caminamos un par de calles y no tardamos mucho en llegar a El Canelo. Nos apretujamos en el asiento, recuerdo que no llevo bragas y que las chicas pueden darse cuenta, por mi falda. Así que, empiezo a preguntarme si lo notarán. Una cosa es no llevar bragas y meterte con tu jefe. Otra es no llevarlas puestas y almorzar con las chicas.

—¿Isobel? —pregunta Amanda, mientras se hace un moño rápido con la melena oscura.

Estoy mirando el menú, pero no la comida. Solo los precios, pues sigo con un pequeño presupuesto. Gracias a Dios que pronto llegará el fin de mes y podré gastar, porque me pagarán en unos días.

—Sí. —Levanto una ceja, sabiendo que no me va a preguntar sobre lo que voy a pedir.

Lo más probable es que quiera saber algo sobre Christian. Deben tener curiosidad por nuestra relación laboral, sobre todo porque Jean mencionó que ayer fui tantas veces a su oficina.

—Nos gustaría saber si la sanguijuela de Christian, el jefe, ha intentado algo contigo —pregunta inclinándose sobre la mesa.

—No, ni siquiera me ha mirado de esa manera. —Me reclino hacia atrás y estiro de la falda para cubrirme las piernas.

¡Dios! Si supieran que no llevo bragas, sabrían que soy una mentirosa.

—Bueno, nos lo preguntábamos porque es un poco mirón y, por lo que hemos oído, también un cabrón —explica Jean, sonriendo—. No te has dado cuenta, pero hemos visto la forma en que te mira. Gira la cabeza y te mira demasiado. —Jean entorna sus ojos oscuros, esperando una

reacción.

Trato de arreglarlo. Ahora mismo, desearía no haber venido a comer, esta conversación está demasiado cerca de la verdad para que me consuele. ¡Han notado cómo me mira! Eso es un indicio, deben saberlo. Solo espero que no me hayan escuchado en el baño y me pregunto si me están interrogando por eso.

—Lo observaré, a ver si me doy cuenta de que me mira o si insinúa algo. —Intento parecer inocente.

No puedo dejar que sepan que durante los últimos días me ha hecho venir a la oficina sin bragas, solo para que pueda darle mi inocencia

—Es un mujeriego. Se acuesta con toda la que quiere y me refiera a cualquier cosa —interviene Amanda mientras mira el menú.

Odio a Amanda porque siento que se está burlando. Pensé que yo era diferente, que él se sentía atraído por mí.

Se aparta el flequillo de los ojos y me mira fijamente, lo que me hace sentir como si fuera tonta, al pensar que soy cualquier cosa menos otra de sus víctimas. Lo he hecho de nuevo, me he enamorado de otro hombre que solo me quiere por mi cuerpo.

—Oye, chica, ¿en qué piensas? Estás a kilómetros de distancia. —Jean chasquea los dedos frente a mi cara.

—Lo siento. —Sacudo la cabeza, deseando llevar mis bragas puestas. Al menos si pudiera ir al baño y ponérmelas, entonces no me sentiría tan culpable por mentir—. Nada, solo estaba soñando despierta, me quedé dormida.

—¿Estás pensando en el jefe y su enorme polla? ¿Es eso? —Amanda se ríe y recoge el menú. Luego me guiña un ojo.

—No, en absoluto. —No puedo dejar que piensen que soy ese tipo de chica. Soy inocente. Todavía soy virgen; apuesto a que ninguna de ellas lo es.

—Bueno, sabemos que no mezcla los negocios con sus profundos y oscuros placeres, eso es seguro, nunca se ha acercado a ninguna de las chicas del trabajo —comenta Jean, mientras mastica chicle.

No sabe el alivio que supone oír eso. Significa que soy especial y que estar conmigo, va en contra de sus reglas.

—Sí, y hay gente que ha sentido esas miradas, yo misma, por ejemplo. Son miradas con M mayúscula —dice Amanda mientras pasa la mano por su cuerpo—. Podría enseñarle una o dos cosas si alguna vez se cruzara en mi camino —añade riendo y quiero irme ahora mismo. No la quiero cerca de él.

¿En qué estoy pensando?

No estoy saliendo con mi jefe, y en lo único que puedo pensar es en acostarme con él. Actúo como si fuera mío, pero por lo que parece no es de nadie. Especialmente no es mío. Es solo un tipo al que le gusta ir por ahí y acostarse con mujeres. Como Leo.

—En serio, ¿nos contarías si rompe su regla y tratara de seducirte? Después de todo, somos amigas —insiste Jeans con el ceño fruncido.

Me pregunto si somos amigas o solo busca chismes.

—Sí, por supuesto, serás la primera en saberlo. Lo prometo por mi honor de mujer —bromeo y levanto una mano.

Seguimos charlando y las chicas no dejan de mirarme desde que me preguntaron que si había pasado algo. Puede que lo haya negado, pero creo que no me han creído.

—¿Estás segura de que no ha intentado nada? —Amanda vuelve a insistir, con la boca llena de lechuga.

—Te digo lo mismo de antes, prometo que no me ha puesto un dedo encima. —Bebo mi batido de frutas.

—Me cuesta creerlo, te llama a su oficina y cierra la puerta, ¿qué pasa ahí dentro, con la puerta cerrada? —Me mira con interés—. ¿Te inclina sobre su mesa mientras te folla por detrás?

¡Dios, lo sabe!

O me oyó ayer en su oficina, porque empiezo a ponerme colorada y siento que las mejillas acaloradas.

Pongo las manos en el regazo y procuro mostrarme calmada.

—Amanda, ¿por quién me tomas? Oh, Dios mío, sabes que no soy así —me defiendo. No puedo permitir que sepan lo que está pasando. No hasta que tenga sexo con Christian, hasta ese día necesito mantenerme en silencio. Nadie puede saberlo, especialmente las chicas de la oficina.

—Solo estoy bromeando, trato de pillarte, por si guardas un oscuro secreto, ¿eh? —añade mientras las chicas se ríen a carcajadas.

—A veces, no tienes escrúpulos —respondo con aspereza.

—Las chicas solo quieren divertirse, eh, las chicas solo quieren divertirse —canturrea Jean.

—Diablos Jean, no dejes tu trabajo por la canción. ¡Lo haces fatal!

S sonrío y decido ir con cuidado, ya que es obvio que las chicas sospechan y creen que hay algo entre Christian y yo. Aunque él nunca se insinúa con las trabajadoras de la oficina.

—Bueno, estoy llena —comenta Jean, mientras se limpia la boca con una servilleta.

—Yo también, ha sido un gran almuerzo.

Genial, ¿ahora podemos marcharnos con rapidez?

Pensé que una vez que les dije que no pasaba nada dejarían de hablar de Christian, pero veo que han venido con una misión. No era para comer, era para interrogarme sobre mi jefe.

—Tendremos que venir aquí más a menudo. Es una buena elección —sugiere Amanda al tiempo que desliza su trasero del asiento.

—Podemos llamarlo «nuestro lugar de chequeo al jefe». Cualquier actualización sobre Christian, el jefe jodidamente adicto, podemos discutirla aquí —Jean sigue a Amanda.

—Sí, podemos interrogar a Isobel cada dos días y ver si ha avanzado.

Me deslizo de mi asiento y tengo mucho cuidado de no revelar que no llevo bragas, eso sí daría a las chicas que hablar.

Cuando empezamos a caminar de regreso a la oficina, reflexiono sobre lo que han dicho. Estoy orgullosa de no haber revelado la verdad.

Christian nunca se ha insinuado a ninguna de las chicas, pero me mira de otra manera, ¿ha roto su regla principal? ¿O soy yo quien lo ha atrapado? ¿Poseo algo que le hace querer romper su regla y me quiere tanto como yo a él? De cualquier manera, lo va a conseguir, porque me aseguraré de pasar todas sus pruebas con éxito.

Capítulo 11

Christian

Llamo a Isobel sabiendo que no habrá rastro de mis instrucciones. Nunca he mezclado los negocios con el placer, esta es la primera y, probablemente, la última vez que lo haga. He llegado demasiado lejos para dar marcha atrás, pero eso no significa que me arriesgue.

—Esta noche, asegúrate de volver a las ocho.

No creo en las charlas triviales, así que me pongo a ello. Salí de la oficina a la hora del almuerzo, porque tenía una reunión, y ahora son más de las cinco. Puede que se vaya pronto, así que quiero encontrarme con ella antes.

—¿Adónde debo ir, Christian?

—A mi oficina. Recuerda lo que hiciste por ese campesino. Quiero que lo hagas de nuevo, pero esta vez para mí. Quiero verte en mi escritorio.

—Oh Dios. —Suspira y puedo oír la emoción en su voz.

—Hay algo de lencería, quiero que te la pongas antes de que te vayas por la noche. Luego regresa a las nueve y no te preocupes, habrá un coche para recogerte. Solo ponte el impermeable y la lencería. Nada más.

Faltan cuatro horas, seguiré trabajando y, hasta entonces, miro el reloj y deseo que el tiempo se acelere. Ojalá hubiera llegado antes. Luego, lo siguiente que sé es que casi son las ocho, así que me siento con paciencia y excitado, murmuro para mí mismo, «vamos nena, hazlo por mí». Imagino su olor mientras trabajo, y que meto mis dedos en su coño, de modo que los acerco a la nariz y los huelo.

Veo en la pantalla que se abre la puerta de mi oficina, Isobel entra en la habitación y camina hacia el ordenador. Le mando un mensaje para que sepa que puedo verla y apago el dispositivo para que solo se vea ella.

«¡Baila para mí!».

Veo como empieza a moverse, sus manos se levantan sobre su cabeza mientras pasa los dedos por su pelo, gira las caderas y se vuelve para apartarse de la cámara.

Observo con emoción cómo se quita el top escotado, con los pechos cayendo libremente; no lleva sujetador. Isobel se toma los senos y se pellizca los pezones; se inclina hacia la cámara y se ven enormes en mi pantalla. Su cuerpo es perfecto, y ella ni siquiera lo sabe.

Mi polla se estremece mientras acaricia sus pechos y luego desliza lentamente la falda hasta el suelo, sus diminutas bragas cubren su dulce coño. Isobel desliza una mano dentro de sus bragas y se burla de mí como si se follara con un dedo. Después lo lame, como si fuera mi polla en su boca.

Tengo los pantalones abultados, me inclino hacia atrás y me desabrocho el cinturón sin dejar de mirar la pantalla.

«Ponte las medias y las ligas», escribo, queriendo ver más de ella de tantas maneras diferentes.

Observo cómo se sube las medias por las piernas muy despacio y se desliza el ligero de color negro, resaltado por la belleza de su cuerpo.

Isobel se inclina en mi mesa y sacude su redondo trasero, luego se da un cachete juguetón. Mi pene estalla para liberarse de los confines de mis pantalones. Abro la cremallera y dejo que caigan al suelo, me quito rápidamente la camisa y me inclino hacia atrás en la silla, el cuero frío envía un escalofrío a mi columna vertebral.

Mi polla está en mi vientre y se mueve mientras mantengo los ojos fijos en la pantalla. Isobel se sube a mi escritorio a cuatro patas y juguetonamente se aleja de la cámara. Puedo ver su coño entre sus piernas y me agarro la polla para apreciar la vista. Isobel mira por encima de su hombro y veo cómo se acaricia el sexo rosado con un dedo mientras se humedece. ¡Oh, sí!

«Abre tu maldito coño, quiero verlo. ¡He esperado tanto tiempo!».

Isobel lee el mensaje y se acuesta de espaldas, sus piernas levantadas en el aire y separadas. Mi miembro cobra vida y me golpea la barriga más fuerte que antes.

Joder, parezco un adolescente ansioso, que quiere más y nunca tiene suficiente.

Me acaricio despacio, veo que ella chupa su dedo y lo desliza entre los labios de su coño. Cierra los ojos y se deja llevar por las sensaciones. Se toca los pechos, aprieta sus pezones que se arrugan y se ponen más duros.

«Cajón superior», escribo mientras acaricio mi polla abultada.

Isobel levanta la cabeza y lee el mensaje; su mano se acerca al cajón y saca el consolador. Observo cómo lo enciende y desliza la punta bajo la cinta del ligero. Luego arquea la espalda y arrastra el consolador por el muslo.

Estoy tan duro por Isobel que mi polla dolorida está palpitando. Continúo acariciándome y ella juega con su clítoris, sumergiendo la punta del consolador en su sexo. Luego, lentamente lo desliza un poco más profundo con cada movimiento.

Escucho su respiración y cómo gime y gime, mientras el consolador inunda su cuerpo con miles de pulsos, el fuego se acumula dentro de su perfecto y apretado coño. Isobel abre más las piernas; veo sus labios rosados que se estiran desde el consolador que guía hacia dentro. Sus jugos hacen brillar su coño bajo la luz.

—A la mierda, mete el consolador hasta el final —gruño tan fuerte que ni siquiera soy capaz de escribir las palabras correctamente.

Puede que ella se corra, pero no será la única.

Isobel inclina la cabeza y responde al mensaje; desliza el consolador hasta donde le permite su coño, se quita las manos y deja que se quede ahí, llenándola con un fuego profundo.

Agarra sus tetas y las junta hasta que sus pezones casi se tocan mientras las acaricia. Jadea y yo estoy completamente excitado, listo para que llegue hasta el final.

«Ponte al estilo perrito y date un cachete», escribo, mientras mi polla palpita y pulsa en mi mano.

Me agarro las pelotas y aprieto al ver que Isobel se pone de nuevo a cuatro patas y abre las piernas, puedo ver su coño abierto mientras el consolador empieza a deslizarse lentamente hacia ella por la parte trasera.

Se apoya en su único brazo, Sus nalgas se tensan cuando empuja el consolador más profundo en su coño rosado y húmedo.

Me mira por encima de su hombro y se da cuenta de que la cámara es una conexión inalámbrica. La agarra con una mano y rueda sobre su espalda.

Coloca la correa de la cámara alrededor del consolador, de modo que al instante tengo una visión de alta definición de su coño y clítoris, o cualquier otro lugar donde lo meta.

¡Maldita sea!

Isobel toma el aparato en su boca y envuelve sus labios alrededor de la cabeza. Desliza el consolador hasta su garganta, los rasgos de su cara se agrandan cuando se lo traga en toda su longitud, haciendo que mi polla palpite.

La cámara se desliza hacia atrás y hacia delante de su cara, mientras me muestra una garganta profunda; me duele el pene al imaginar que soy yo.

Saca el consolador y lo lleva a su clítoris. La cámara se sacude al estimularlo con sus vibraciones. Se activa la estabilización del objetivo y tengo una clara visión de cerca del sexo de Isobel. Es más que perfecto; incluso, puedo ver su dedo al masturbarse.

Acaricio frenéticamente mi erección, más fuerte y más rápido. Imagino que penetra su coño virgen, que la engulle, tragándosela. Puedo escuchar el motor que apenas es un débil zumbido. Juega con su dedo sobre su sexo hinchado por el placer.

Lentamente saca el consolador y veo sus jugos que fluyen sobre sus labios rosados. Parece un jugoso melocotón fresco en el que quiero enterrar mi cara.

Me va a estallar la polla y me acaricio más rápido. Ella se clava el consolador, puedo oír sus gemidos cuando empieza a tener un orgasmo. Mis bolas están a punto de explotar, mi semen sale disparado y golpea la imagen de su coño en la pantalla.

La limpio con rapidez y veo cómo arquea la espalda. Le tiemblan las piernas y todavía sigue gimiendo.

—¡Oh, sí! ¡Sí! —Empieza a gritar tan jodidamente fuerte que su boca abierta ocupa toda la pantalla. Sé que en cualquier momento llegará a lo más alto.

Sacudo mi miembro arriba y abajo con tanta fuerza que terminamos de correr nos al mismo tiempo.

Isobel llega al punto de no retorno cuando se detiene y comienza a temblar. Luego recupera el aliento y escribe:

«¿Lo has visto?».

«Sí, cariño».

Pero no tiene ni idea de que no solo se ha corrido ella, sino también yo. Agarro mi camisa y limpio la pantalla; observo a Isobel mientras está tumbada en mi escritorio, su cuerpo subiendo y bajando con la respiración acelerada. Comienza a relajarse y se quita el consolador de su coño satisfecho.

Observo que se baja de la mesa, sus jugos han dejado la parte superior cubierta de dulce néctar.

—No limpies el escritorio, déjalo como está.

Quiero olerlo por la mañana cuando llegue a la oficina; así, podré imaginar cómo será cuando la penetre con mi grueso miembro. No habrá ningún aparato, ninguno de sus dedos, solo mi polla.

Ella guarda el consolador en el cajón y camina hacia el armario, saca la gabardina y se la pone sobre los hombros, se vuelve hacia la cámara y da unos pasos de baile. Todavía lleva las medias negras y el ligero.

Se abrocha los botones de la gabardina y ata el cinturón. Camina hacia el ordenador y levanta la mano.

«¡No te olvides del coche!», escribo al ver que se acerca para apagar el ordenador.

Capítulo 12

Isobel

Observo las calles desde la ventana del coche. Voy en el asiento trasero que es más grande que mi sofá de Kansas. La gabardina se desliza por mi cuerpo cuando el conductor gira en cada esquina. Agarro las solapas e impido que se abra y revele que voy desnuda.

—No falta mucho, señorita, solo un par de calles —dice el chófer que me lleva a casa de Christian. Sé que esta es la noche y no puedo esperar.

—Gracias, James.

Me pregunto cómo será el hogar de Christian, por fuera y por dentro. Es un hombre siniestro y malhumorado en el trabajo, también me he dado cuenta de que tiene una fuerte necesidad de satisfacción sexual que no solo se basa en follar.

Quiere que haga cosas que nos exciten a los dos, cosas que nunca habría imaginado que haría ni en un millón de años; es decir, hasta ahora.

El conductor gira en la entrada y pulsa un código en el panel de control. Se abren dos puertas enormes y me cuesta ver en la oscuridad. Hay muy poca iluminación ante nosotros.

—Mierda, hay un largo camino hasta la entrada.

Al decirlo, pienso que debo dejar de hablar conmigo misma en voz alta; especialmente, si hay extraños, como el hombre al que deseo seducir en unos minutos.

—Le gusta tener privacidad —explica James, mirando por el espejo retrovisor.

Me fijo en la casa que está iluminada por focos en lugares específicos y me parece muy moderna. Se ve desde la oscuridad como una estructura severa, como si hubiera sido construida para intimidar e impresionar a quien la observe.

El coche se detiene, James salta del asiento del conductor y abre la puerta trasera.

—Hemos llegado, señorita, disfrute de la noche —dice con una sonrisa y un guiño.

Camino hacia la entrada y la luz, que tiene detección de movimiento, ilumina todo el porche. Cuando estoy a punto de pulsar el timbre, se abre la puerta y aparece Christian frente a mí. Su cabello está liso, ligeramente húmedo, y lleva una camiseta ajustada que se aferra a su cuerpo.

Se le marcan los abdominales bajo la tela e imagino que paso los dedos sobre su estómago. También lleva pantalones de correr y está descalzo, parece muy cómodo con la situación, pero yo tengo mariposas en el estómago. Estoy entrando en territorio desconocido, no solo con Christian, sino también con todo el asunto de ir sin bragas y la gabardina.

Me recibe en el gran pasillo, el suelo es de piedra y parece un mar de granito. La frescura que emana de él realza la sensación de frío de la casa. La oficina tiene un mobiliario más suave que este lugar, que está tan desnudo como una galería de arte. Todo está ordenado y hay espacio más que suficiente para albergar muchas más cosas.

—Antes de seguir adelante, ponte esto. —Me entrega un par de zapatos negros.

Miro los tacones de aguja y compruebo que son caros, también que son de mi número. Es tan observador, que no creo que sepa qué talla de zapatos usa cada chica en la oficina, pero él lo sabe y es un hombre.

—¿Cómo sabes qué número llevo?

—Cuántas veces tengo que decírtelo, sé y veo todo lo que pasa en la oficina. —De nuevo, me siento una ingenua a su lado. Lo sabe todo, incluso sin que se lo confirmen.

Al ponerme los zapatos, me sorprende que sean tan cómodos. Me quedan como un guante y hacen que mis piernas parezcan mucho más largas. Me veo sensual en el espejo.

—Debo decir que estás muy guapa esta noche, aunque lleves una gabardina —se burla de mí y tira del cinturón.

—Gracias. ¿Qué te pareció la grabación sobre tu mesa? —Sé que me brillan los ojos al recordar que me ha estado mirando.

—Has estado fantástica y lo de sujetar el consolador a la cámara fue muy ingenioso. Nunca se me habría ocurrido.

Estoy a punto de decir algo, pero entonces él deja caer el cinturón al suelo. Alejo mis pensamientos y me supera la curiosidad.

—¿Has hecho otras videollamadas antes? —Enarco una ceja.

—Es una forma de hablar, querida. Solo es una forma de hablar. —Me anima a seguirlo al interior—. Isobel, ¿vas a dejarte la gabardina puesta o la colgarás en el armario?

—Vaya, estaba a kilómetros de distancia, me sorprende lo grande que es tu casa. ¿vives solo? —Dejo caer la prenda sobre una silla cercana. No puedo creer que todo este espacio sea solo para él.

—Sí.

Entonces regresa el hombre de corazón frío. El que conocí hace más de cuatro semanas. Me paro con los pies separados, mis nuevos tacones alargando mis piernas, las medias oscuras y el ligero que contrasta con mi piel clara. Pongo las manos en mis caderas.

—Christian, ¿te gusta lo que ves?

—Si llevaras gafas, parecerías una maestra de escuela cachonda. ¡Así es como te veo! Y sin gafas, también pareces muy cachonda —añade, conduciéndome a su despacho.

Los tacones hacen ruido en el suelo: clip, clop, clip, clop. Cada paso más cerca de sus dominios privados.

Espero que haga más de calor que en el pasillo. Ya tengo los pezones duros. Miro mis brazos y puedo ver que se me pone la piel de gallina.

Entramos en la oficina. Las estanterías llenas las paredes con miles de libros. La pieza central es su gran mesa de roble oscuro.

—Bienvenida a mi guarida —dice, mientras extiende el brazo por la estancia, como si me mostrara todo con un solo gesto.

—Es muy acogedora, más que tu despacho en el trabajo.

Estoy esperando que diga algo, pero me mira y sus ojos azules se oscurecen. Estoy nerviosa y no sé qué hacer.

—¿Así que me viste desde aquí, cuando llegué a tu mesa de la oficina? —Señalo su silla.

—Sí.

—¿Tú también te corriste?

Quiero saber si quedó tan satisfecho como yo. Eso me gusta, pensar en él y la idea de tocarlo. Quiero tocarlo tanto que me duele.

—Demonios, sí, mi polla palpitaba y disparé mi carga por toda la pantalla y el teclado del ordenador. —Tiene una sonrisa diabólica.

—Soy nueva en este tipo de cosas, pero me excité mucho al saber que me veías. —Empiezo a

comprender que hemos cruzado una línea, pero soy yo la única que habla. Decido que ya he tenido suficiente, que quiero que me tome. Ya debe saberlo. He seguido sus instrucciones, debo haber pasado la prueba. Eso si todo esto es una prueba—. No dejaba de pensar en este momento. De hacerlo realidad. De estar aquí y tener sexo contigo. —Me pavoneo hacia su escritorio, esperando que esto lo anime a poseerme.

Me toma en sus brazos y me sube en su mesa, sin decir una palabra.

Se quita la camisa y su cuerpo es tan perfecto que parece que le han hecho *Photoshop* con el ordenador.

—¡Maldita sea! Eres perfecto —susurro, mientras paso mis dedos por sus abdominales.

Tiro del cordón de sus pantalones de correr y me muerdo el labio, al tiempo que se deslizan hasta el suelo. Su polla queda ante mí, colgando libremente, y él me agarra por los tobillos, coloca mis pies en el borde del escritorio y me separa las piernas.

—Quiero ver tu coño.

Me sorprende su brusquedad, pero como siempre, hago lo que dice, así que abro las piernas y separo los labios del coño con los dedos; puedo sentir mi clítoris expuesto y a la vista.

Levanto la cabeza y lo veo agarrando su polla, después la acaricia. Se está poniendo duro y no deja de mirar mi sexo. La cabeza de su miembro se hincha, forzando su prepucio, lo quiero en mi boca y lo quiero en mi coño.

Ve como Christian se sube al escritorio y se arrodilla sobre mí; empuja su erección hacia mi boca, yo muevo mis brazos y oigo todos los papeles cayendo al suelo. Levanto la cabeza y abro la boca, pero Christian me sujeta la cabeza y desliza su polla en mi boca.

Puedo sentir sus venas bombeando mientras envuelvo mis labios alrededor de su polla. Empujo su estómago con mis manos.

—Quiero tu polla dentro de mí.

Pone su dedo en mi labio y dice:

—Yo soy el que da las órdenes. No tú.

Y durante el resto de la noche se lo demuestro.

Capítulo 13

Isobel

Me desperezó y pienso que he dormido como un tronco, lo que no me sorprende. Pienso en la maldita sesión interminable que tuvimos anoche y me tumbo de nuevo, preguntándome si seré capaz de caminar derecha en varios días. Me río. Miro a un lado y puedo ver que Christian ya se ha despertado y se ha levantado de la cama.

Me siento y observo el dormitorio. No hay muchos muebles y los que hay son de madera y metal. La puerta del armario de Christian está abierta y veo la fila de trajes elegantes que hay colgados. Parece una tienda, con la ropa siguiendo un código estricto de colores y los zapatos ordenados en el estante que hay debajo.

Salgo de la cama y voy al cuarto de baño, donde me miro en el espejo. Parezco la misma persona pero sé que hay algo diferente en mí. Ahora ya no soy esa mujer precavida y reservada que miraba al mundo desde un lugar seguro.

Ahora siento que soy una mujer más decidida, más segura de mi misma, de lo que quiero. Y todo ello gracias a que dejé atrás mis miedos y desinhibiciones.

Sonriendo entro en la ducha y dejo que el agua caliente resbale por mi cuerpo. El vapor me envuelve y el jabón se lleva el olor de nuestro amor, ¿o era pura lujuria? Estoy un poco dolorida y no puedo moverme tanto como pensé que podría cuando entré. Así que, rápidamente me enjuago, me pongo un albornoz y vuelvo al dormitorio.

Allí encuentro las medias, las ligas y los zapatos de tacón que llevaba la noche anterior. No me había fijado antes en ellos, pero ahora que los veo no puedo recordar la noche de sexo que he tenido con Christian.

Un sexo salvaje, caliente y apasionado que me dejó completamente saciada y agotada. Antes de esa noche, jamás hubiera pensado que una noche así pudiera ser posible, y que el placer pudiera ser mucho más erótico que el simple acto sexual.

Un gemido, un cachete, una orden o una respiración agitada, pueden hacer que sientas como todo tu cuerpo se calienta y te deja temblando. Deseando más.

Aparto mi mirada de esas prendas, pues solo de recordar su cuerpo sobre el mío, empujando, jadeante, me vuelvo a excitar. Para evitarlo salgo del dormitorio y bajo las escaleras, tratando de escuchar cualquier señal de Christian.

—Christian —grito. Al no escuchar respuesta, lo llamo de nuevo—. Christian, ¿estás ahí?

No puedo creer que me haya follado y se haya ido; no hay señales de que esté aquí, ni vasos sucios ni nada. Quiero decir, el lugar es como una casa de exhibición, pero no hay signos de comodidad, todo es muy estudiado. Voy a la cocina y enciendo la máquina de café, el aroma de los granos recién molidos llena el aire y me sirvo una taza. Pongo varias cucharadas grandes de azúcar para recuperar la energía que perdí anoche.

Entro en su despacho y miro el escritorio donde casi me poseyó antes de irnos al dormitorio. Los papeles y bolígrafos están por todo el suelo y eso me hace recordar que agité los brazos y

todo salió volando por los aires mientras nos besábamos con pasión.

Coloco la taza en el escritorio y recojo todos los documentos que vuelvo a apilar ordenadamente en su escritorio. El trabajo de una buena secretaria no termina nunca, pienso mientras sonrío al pensar en lo que hicimos en el escritorio.

Oigo un ruido en la cocina y agarro mi taza.

—¿Christian eres tú?

¡Nada!

Entonces, comienzo a entrar en pánico mientras me pregunto qué ha sido ese ruido. Estoy segura de que he oído una puerta y salgo de la habitación en silencio.

Al llegar a la cocina me encuentro con un hombre que está haciendo café.

—¿Puedo ayudarlo?

Él se gira sorprendido y sonrío.

—Perdón por asustarla señorita Isobel, soy Jonah, el chofer de Christian —dice mientras lleva la taza a sus labios.

—Ah, ya veo. ¿Sabe a dónde ha ido Christian?

—Se ha ido por negocios, no sabía a qué hora se despertaría, así que me dijo que la esperara.

—Pensé que James era su chofer.

En realidad, pienso que eso no es importante, pero me encuentro completamente perdida.

—Él es mi sustituto, si no estoy cerca. —El anciano me mira y creo que intuye que estoy confundida, al ver que me había quedado sola en casa—. El señor Stern es un espíritu libre, hace lo que le place. —Me guiña un ojo y me siento muy incómoda.

—Ya veo. —Estoy sola, en la casa de Christian, hablando con su chofer y solo llevo un albornoz.

—Podría contarle algunas historias —murmura como si hablara consigo mismo.

—Dígame, ¿cómo es él? —Recargo mi taza de café.

—No es posible, señorita, no quiero perder mi empleo. —Se encoge de hombros—. Un simple tufillo a cotilleo, sobre su vida privada, y estaré de patitas en la calle. Llevo trabajando con él...

—Empieza a contar con los dedos y suspira—. Mucho tiempo, tal vez demasiado. El señor Stern es una persona reservada y yo siempre respetaré su privacidad, ya que se porta muy bien conmigo.

—Entonces, ¿qué ha dicho de mí? ¿Puede decírmelo?

Veo que la lealtad es lo primero para Jonah y no voy a hacer que lo despidan. Especialmente, cuando me habré ido de la ciudad en menos de tres semanas.

—Me ha dicho que estará agotada por lo de anoche, y que la lleve a donde desee cuando esté lista.

—¿Hace esto muy a menudo?

No puedo evitarlo, porque estoy empezando a sentirme insegura. ¿Realmente me poseyó y luego se fue? ¿O está de verdad en el trabajo? No recuerdo haber visto nada pendiente en su agenda, aunque podía haber surgido algo de repente.

Él se da golpecitos en la nariz.

—Eso tendrá que averiguarlo usted, señorita —dice entre risas—. Puede molestarse conmigo si me equivoco o molestarlo a él. La verdad, es que prefiero no decir nada.

Da la sensación de que quiere dejar de hablar. Me doy cuenta de que prefiere que deje de preguntarle, no solo por si pierde el trabajo, sino que yo también podría perderlo.

—Lo que pasa en Las Vegas, se queda en Las Vegas, ¿eh Jonah? —bromeo y le guiño un ojo para aligerar el ambiente.

—Exactamente señorita, solo hago mi trabajo y nunca presto mucha atención a nada más. La ignorancia es una bendición, por decirlo de alguna forma.

—Bien, voy a cambiarme y después me lleva a casa.

Asiente con la cabeza.

—Aquí la espero.

Dudo en seguir haciendo preguntas, pero decido que no y regreso al despacho. Cambio el albornoz por la gabardina y pienso que necesito salir de aquí. No sé cuánto tiempo me ha esperado Jonah, pero tiene instrucciones claras de llevarme a donde tenga que ir, que en ese momento es a mis cuatro paredes.

Agarro los zapatos y meto la lencería en el bolsillo de la gabardina. Cuando entro en la cocina, veo a Jonah que está lavando las tazas.

—Listo, ya podemos irnos. Si le parece bien.

—Claro que sí, señorita, claro que sí.

Vacilo al salir. Pensando que puede que Christian aparezca en cualquier momento. Por otra parte, sus instrucciones para Jonás eran claras, que era llevarme a casa. A la mía, no a la suya.

Capítulo 14

Christian

Es una sumisa perfecta y la parte más loca es que no cuestiona. Lo hizo una vez, pero no lo ha vuelto a hacer. Ahora, hace lo que digo y me encanta oírle gritar. Es como si no se cansara de mí.

La llevé a mi casa. Algo que nunca había hecho en el pasado, siempre llevaba a mis sumisas a los hoteles. Mi casa es mi espacio, mi privacidad y nunca imaginé que llevaría allí a nadie. Es como si rompiera todas mis normas cuando se trata de la dulce e inocente Isobel. Pero solo hay una cosa que ha cambiado; ya no es inocente.

—Hola Christian, ¿querías que viniera temprano?

Ella lo pide de forma educada mientras está de pie junto a la puerta. Es como si se hubiera ido de mi casa hace semanas y la anhelara desesperadamente. Estuvimos follando todo el viernes por la noche hasta el sábado por la mañana, pero mi polla se mueve en cuanto oye su voz.

—Sí.

Ella sigue en la puerta.

—Me dejaste sola en tu casa.

—Así es. —Su voz suena a reproche, pero no sé qué decir al respecto.

Tuve que separarme de ella y no se me ocurrió otra forma de hacerlo. Si me hubiera quedado en la casa, la habría deseado todo el tiempo. Por algún motivo toda mi experiencia no me servía de nada estando a su lado, ya que por mucho que lo intentara siempre me hacía perder el control.

No sé qué es lo que tiene, que es lo que la hace diferente, solo sé que con solo pensar en ella, verla o escucharla la deseo de una manera que nunca antes he deseado.

Esta mañana, cuando desperté y la vi dormida a mi lado, en la cama de mi dormitorio, simplemente no pude manejarlo. Especialmente sabiendo que acababa de perder su virginidad.

Por ese motivo tuve que marcharme, y ahora, cuando lo pienso, algo dentro de mí sabe que no hice lo correcto.

—¿Cierro la puerta? —me pregunta sin dejar de mirarme.

—Isobel, ¿estás bien?

Ella sonríe.

—Estoy mejor que bien, pero no he sabido nada de ti en todo el fin de semana. Luego, anoche recibí un mensaje de texto diciéndome que viniera aquí a las siete.

Está esperando que le responda, pero no puedo decirle la verdad.

—Debes haber estado dolorida...

Se encoge de hombros.

—Solo un poco, pero me he recuperado de la montaña rusa.

—¿De tantos orgasmos?

Se ríe, pero no bromeaba porque mientras está ahí, quiero follarla. Sé que la oficina está vacía, la gente no llega hasta las ocho, por eso le pedí que viniera una hora antes. Sentía hambre de ella y esa mañana estaba dispuesto a saciarme. Pero no me esperaba el escalofrío de emoción que sentí cuando la vi entrar.

Quizás fue debido a la anticipación de saber que la voy a poseer pronto, De hecho, ahora mismo no puedo pensar en otra cosa que no sea en cerrar esa puerta y subirla a mi escritorio.

Lleva una falda ajustada de color negro que hace juego con su pelo suelto y salvaje. La camisa blanca se ciñe a su cuerpo y puedo ver a través de la tela sus pezones erectos.

Está simplemente impresionante.

Me acerco más a ella.

—Te deseo ahora mismo.

Ella asiente con la cabeza.

—Lo sé, me doy cuenta.

—¿Cómo?

Ella señala mi erección que se exhibe bajo el pantalón.

Podría fingir que esto no está pasando, pero me he pasado todo el puto fin de semana simulando que no la deseaba, y terminaba en la ducha de la suite del hotel masturbándome, y pensando en su dulce cuerpo.

—¿Por qué me dejaste Christian?

—Porque no podrías soportar todo lo que deseaba hacerte.

Se atraganta.

—Soporté lo que me hiciste el viernes por la noche.

—Y el sábado por la mañana.

—Vaya, ¿Estuvimos durante tanto tiempo? No estaba mirando la hora. —Dice de forma sarcástica.

—Yo tampoco, pero cuando amanecía te quedaste dormida y supe que no aguantarías más.

Recuerdo perfectamente ese momento, cuando la vi dormida a mi lado sobre la cama. La verdad es que me sentí dividido entre despertarla para poseerla de nuevo o quedarme ahí quieto, tumbado a su lado, mientras la contemplaba durmiendo.

Me entró tanto miedo cuando me di cuenta de lo que estaba haciendo, que tuve que marcharme de inmediato. Dejándola sola.

Aparto de mi mente ese recuerdo y me centro en lo que me hace sentir su presencia. No quiero pensar en ella durmiendo, sino en ella jadeando ante mí, pidiéndome más.

Y no falla. Solo tengo que mirarla para volver a excitarme y desearla con anhelo. Es como si cuanto más la follara, más me exigiera mi polla. Ella es como un maldito imán o una droga.

—Muéstrame que podrías haber soportado más durante el fin de semana. Demuéstrame que me equivoco, inclínate sobre mi mesa para que te folle de nuevo—. Me mira fijamente y no se mueve—. ¿Tienes puestas las bragas?

Pasa junto a mí y me dice:

—¿Bragas para venir a la oficina? —Abre las piernas y se apoya en la mesa—. Son cosa del pasado, especialmente en este despacho.

Se está convirtiendo en una chica mala. Una que me está empezando a gustar. Me acerco a ella y decido que me la voy a follar tan fuerte que todos los orgasmos que tuvo en la silla, e incluso en el baño, no son nada comparados con los que va a tener ahora mismo.

Estará contenta de que la dejara descansar el sábado, ya que ahora, no solo le dolerá el coño, sino que la tengo tan dura que gritará mi puto nombre, ¡suplicándome piedad!

Capítulo 15

Isobel

Me siento en mi escritorio pensando en todo lo que ha pasado entre Christian y yo. No hace mucho tiempo era una chica de campo que estaba orgullosa de seguir virgen a pesar de tener novio.

Desde entonces, esto se ha hecho añicos a lo grande. Me ha follado de todas las maneras posibles y más. Imaginaba un escenario romántico como el que Leo preparó para el baile de graduación. Dos personas enamoradas y sus cuerpos unidos como uno solo. Ese suele ser el sueño de cualquier chica, pero ahora noto que me he convertido en una mujer. A veces me pregunto si soy oficialmente una puta.

Sobre todo desde que paso las noches en su casa, follando y durmiendo con él, para después regresar a la oficina y fingir que no somos nada. Solo una secretaria y su jefe.

—Isobel —llama Christian con una voz áspera.

Me esfuerzo por agarrar mi bolígrafo y mi libreta. Sé que las chicas me miran, así que me aseguro de que parezca que voy a su oficina por una buena razón. Cada vez se me hace más difícil este juego, al costarme más disimular. Pero es lo único que tengo.

—¡Ya voy!

—¿Por qué tardas tanto? —grita enfadado, pero hace mucho que sus enfados no hacen que me encaja asustada. Más bien todo lo contrario.

—Porque estaba agarrando un bolígrafo y mi libreta.

Miro detrás de mí mientras camino hacia la oficina, puedo ver a Jean inclinando su cabeza detrás de su monitor y seguro que me está observando.

No sé si hay algún rumor circulando por la oficina, pero no me extrañaría que Jean pudiera comenzar algún cotilleo, en algún momento.

Entro en el despacho sin prestarle atención y camino hacia la mesa. Estoy demasiado enfadada como para que me importe.

—Siéntate —ordena él en tono enojado.

—¿Qué pasa? —le pregunto mientras me doy cuenta que él también está de mal humor.

Nos hemos llevado bien tanto dentro como fuera de la oficina. He hecho todo lo que me ha pedido en los últimos días, incluso me he quedado alguna noche en su casa. En la misma cama, como esa primera vez.

Pero no sé si esta mañana está enfadado conmigo por algo que haya hecho, o por otra cosa ajena a mí.

—Tengo que irme por negocios.

Eso me sorprende, pues no estaba sobre la agenda, y me pregunto si es este viaje de última hora lo que le ha enfadado.

Suspiro desilusionada unos segundos después, porque significa que tendré que dormir todas las noches en la habitación a la que llevo tiempo sin ir y temo regresar.

—Volverás pronto. —No sé si lo estoy consolando o es a mí misma.

—Estaré fuera toda la semana, ¡mierda, mierda! —repite, mientras golpea la mesa con la mano y frota la zona en la que me corrí para él.

—¿Tanto tiempo?

Me decepcionan sus palabras, ya que solo me quedan un par de semanas aquí. Tal vez he tenido la cabeza en las nubes, porque nos hemos llevado muy bien. Una parte de mí no ha pensado que tengo que regresar a casa y ahora siento que el tiempo se nos agota.

—Sí, son los japoneses, tengo que ir allí y ver de qué está pasando.

—Bueno, siempre tenemos el teléfono e Internet, ya sabes lo divertido que es eso. —Trato de imaginar que nuestro tiempo separados no será tan malo.

—Isobel, no estoy de humor.

Vaya, no puedo creer que sea el mismo hombre. Quiero salir de aquí. No tiene que descargar su frustración en mí. No me lo merezco.

—Oh, lo siento. En el futuro, mantendré la boca cerrada. —Me repliego en mi silla.

—Sí, cállate y regresa al trabajo. Me iré pronto y ya no hay tiempo para nada —me dice frustrado.

—¿Qué? ¿Quieres decir hoy?

—Sí, Isobel, por eso te quería en mi oficina, pero has tardado mucho. —Pienso que han sido solo dos minutos y no puedo creer que eso sea mucho tiempo.

—Pero...

Él me interrumpe y agrega:

—Mantente en contacto conmigo. Tienes que contarme todo lo que ocurra.

—Sí. —susurro y me levanto para irme.

No puedo creer que esté siendo tan cruel conmigo y lucho contra las lágrimas. Me giro para enfrentarlo, pero está escribiendo en el ordenador, por lo que decido que no voy a volver directamente a mi escritorio. Me paro en la puerta, esperando que diga algo, pero no lo hace mientras abro y cierro de nuevo.

Decido que no voy a llorar por ningún hombre nunca más. Entonces, vuelvo a mi escritorio y continúo con mi trabajo, aunque me siento fatal y muy triste al pensar que se va a marchar. Puede que solo se vaya por una semana, pero una semana sin acariciar su cuerpo de dios, sin tener su increíble polla dentro de mí, es una semana demasiado larga. Incluso si actúa como un completo idiota en este momento.



Las primeras veinticuatro horas fueron las peores, Christian se fue y no hubo forma de que contactara con él. Dios, no puedo creer que esté más molesta por el hombre que ha sido frío conmigo durante semanas y caliente las dos últimas, que por mi novio de cuatro años. Llego a casa después de la oficina, sin ganas de socializar con las chicas. Tan pronto como me siento en la cama, recibo un mensaje de Christian.

«Lo siento, ayer fui un idiota. C».

Yo respondí:

«De acuerdo. XXX».

Realmente no sé qué más decir, ¿tal vez los besos le digan lo que siento? Tal vez, me envíe uno de vuelta.

Él contestó con otro mensaje:

«Solo quería decir que lo siento. No te merecías eso. C».

¡Maldita sea! Esto debe ser difícil para él. Creo que nunca le he oído disculparse ni siquiera en la oficina. Estoy tratando de pensar en un momento en el que lo haya hecho y me quedo en blanco.

Recibo otro mensaje:

«Solo quiero saber cómo te va, ¿te las arreglas sin mi cuerpo? C».

«Arreglar... simplemente, no es lo mismo sin sentir y saborear. XXX», contesto con rapidez.

Me siento muy tonta por poner mi corazón en las manos de un hombre que...

Recibo otro mensaje y leo con rapidez.

«¿Quieres que hagamos una videollamada?».

«¡Claro!».

Solo la anticipación de verlo ya me ha hecho sentirme mojada. Debería haberme cambiado y puesto algo más *sexy*, pero me muero por verlo. Enciendo el portátil y me siento en mi silla; abro los botones de la parte superior de mi pijama para revelar mi escote. La videollamada comienza y veo a Christian en la pantalla.

—Hola. Lo siento, no me di cuenta de que te ibas a la cama. ¿Qué hora es allí?

Me siento avergonzada al decirle la verdad.

—Son más de las ocho. Solo estoy viendo la televisión.

—Pero no llevas nada puesto...

Me acerco a la pantalla mientras Christian se levanta para ver mis bragas.

—Me las acabo de poner.

—Voy mal vestido en comparación contigo.

—Ah, ¿entonces, buscas algo de acción?

Abro lentamente el resto de mis botones. Agarro mis pechos y los empujo juntos; puedo ver a Christian mientras se desliza fuera de sus pantalones, agarra su polla y comienza a acariciarse. Me paro y deslizo la parte inferior de mi pijama al suelo.

Cojo el portátil y me dirijo hacia el sofá y lo coloco en la mesa de café.

Posiciono la cámara, para que él tenga una vista de mi cuerpo, me inclino hacia atrás y abro las piernas.

—¿Puedes ver mi coño?

—Mierda, Isobel, eres tan jodidamente *sexy* —responde mientras se inclina hacia atrás en su silla, su polla dura casi le llega al ombligo.

—¿Quieres que me corra para ti?

Le pregunto, pero ya he empezado a frotarme el clítoris.

—Diablos, sí. Quiero que te corras. —Su voz sensual y baja.

Seguimos mirándonos, nuestros cuerpos separados por kilómetros, pero nuestras mentes unidas por nuestros impulsos sexuales.

Oh, mi coño palpita mientras deslizo mis dedos dentro de mí. Puedo ver a Christian; su polla roja y dura.

—Mierda, voy a correrme. —Le oigo decir.

—Hazlo por mí, nene —lo animo al ver que mi cuerpo libera fuego en lo profundo de mi coño empapado.

Puedo ver su mano moviéndose frenéticamente, se vuelve borrosa, mientras su cuerpo convulsiona. Veo como su semen sale disparado de su polla y le golpea en el pecho, chorro tras chorro, su pecho cubierto con su semilla caliente.

Terminamos nuestra videollamada y me limpio el coño que está empapado por ver a Christian y su preciosa polla.

—Podríamos hacer esto de nuevo mañana por la noche, si quieres.

Estoy tan feliz de que haya dicho eso, esto debe ser lo más cerca que ha estado de admitir que siente algo por mí. Por otra parte, sigo pensando que solo es sexo.

—Podríamos tener una conversación.

—Isobel, podríamos hacerlo antes de que hagas que me corra. Disfruta el resto de tu noche.

Luego cuelga. Mañana definitivamente trataré de controlarme. Le haré hablar conmigo, incluso si eso significa que tengo que tener un orgasmo sola, cada noche, mientras él está fuera y no en la videollamada.



Al día siguiente voy a la oficina y me siento un poco mejor. Estoy decidida a no hacer más conexiones sexuales con él esta noche. Me siento en mi escritorio y hay tanto trabajo que es una distracción bienvenida.

Antes de darme cuenta, es la hora del almuerzo, pero Jean y las chicas se han ido sin mí. Ni siquiera me ha invitado a acompañarlas. Me encuentro mirando hacia la oficina de Christian y no puedo esperar a que vuelva. Me siento y pienso en mi vida comparada con la de antes. Ciertamente, Christian ha cumplido su promesa y me ha devuelto la sonrisa.

Decido salir temprano para la noche. Me siento sola, lo cual es extraño, porque tenía mucho trabajo que hacer. Sin embargo, los pensamientos de estar sentada aquí sin Christian son demasiado intensos para ponerlos al descubierto. Camino por la oficina y escucho el silencio. Me dirijo hacia el ascensor y en pocos segundos llego al vestíbulo que parece más largo de lo habitual.

En ese momento, suena la campana y el ascensor se detiene en otro piso. Inclino la cabeza y sigo con mis pensamientos.

—Buenas noches, Isobel —dice el guardia de seguridad, mientras cruzo el vestíbulo.

—¡Buenas noches! —Miro fijamente el suelo de mármol cuando llego a la puerta giratoria.

Levanto la cabeza cuando salgo a la calle, el ruido del tráfico se hace ensordecedor. Las aceras están llenas de gente de camino a casa, o simplemente saliendo para pasar una noche en la ciudad. Miro al cielo y compruebo que va a llover.

Me subo el cuello de la chaqueta y comienzo a andar.

—¡Isobel! —Escucho desde atrás.

Me detengo y me giro con una amplia sonrisa en la cara. ¿Es esa la voz de Christian?

Miro alrededor y lo busco entre los rostros, pero no veo ninguna señal de él en ninguna parte, me siento consternada y pienso que, tal vez, llamaban a otra persona con el mismo nombre.

—¡Isobel! —Escucho de nuevo mientras un cuerpo emerge de la multitud.

—Leo, ¿eres tú? ¿Qué haces aquí?

Dios mío, ¿qué está haciendo aquí? Estoy decepcionada y molesta al mismo tiempo. Desde que Agnes me envió aquella foto suya, no he sabido nada de él. Para hacer las cosas aún más extrañas, tampoco he sabido nada de Agnes. Por otra parte, he estado demasiado ocupada con Christian para hablar con ella. Vaya, eso me recuerda que mi amiga venía hoy. ¿Ha venido él en su lugar?

—Creo que cometí un error.

Sacudo la cabeza, no quiero escuchar sus divagaciones.

—¿Has venido en lugar de Agnes?

Él asiente con la cabeza y me doy cuenta de por qué ha estado callada. Probablemente, le dijo que quería venir a verme. Podría haberme avisado. Gracias a Dios que Christian no está por aquí, si no, no estaría nada contento.

—¿Qué quieres decir con que cometiste un error?

Odio cuando la gente habla con acertijos, especialmente cuando es mi ex. La persona que me engañó y ni siquiera se molestó en disculparse. Yo era feliz creyendo que un día nos casaríamos, pero ahora no puedo imaginar nada peor que casarme con alguien como él.

—He pensado mucho en esto y las cosas no son lo mismo sin ti. —Me pone las manos en el brazo. Yo me aparto. No lo quiero y no lo necesito—. No soy el mismo sin ti —dice mientras mete las manos en los bolsillos.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres? ¿Qué quieres de mí?

Tengo que irme, esta conversación no tiene sentido y quiero hablar con Christian. Quiero que tengamos una conversación que no gire en torno al sexo.

—He pensado en todo y me doy cuenta de que la única forma de arreglarlo es venir a por ti. — Me está suplicando y no me siento para nada conmovida. No quiero ir a sentarme en una cafetería y, sobre todo, no quiero que vuelva a mi casa.

—¡Se acabó! —Sé que suena duro, pero es lo que se merece—. Ni siquiera te molestaste en ocultar que estás con ella. —No puedo decir su nombre—. Me engañaste, cuando pensé que íbamos a envejecer juntos. Lo he superado y te sugiero que hagas lo mismo.

—Pero no puedo.

—Qué pena, Leo, ahora que te pillaron. ¿Me has llamado acaso? ¿Me has dicho que lo sientes?

La gente que pasa nos mira, pero no me importa. Para mí tiene mucha importancia que haya venido y le diga que se marche. No lo quiero. Es demasiado tarde y ya no puede responder a la pregunta, así que empiezo a alejarme.

Entonces es cuando dice:

—Te quiero.

Después de todo este tiempo, dice que me quiere.

Me detengo y dudo si concederle un segundo más de mis pensamientos, pero decido que no vale la pena y sigo caminando. Salgo de su vida.

Capítulo 16

Christian

No hice una videollamada esa noche. Sabía que iba a volver pronto, así que pensé en ir a la oficina y sorprenderla.

—Has vuelto pronto.

—Lo sé, las reuniones fueron bien. —Parece contenta, pero no tanto como esperaba—. ¿Te importaría venir a mi oficina y decirme qué ha pasado desde que me fui?

Asiente con la cabeza y luego me sigue mientras relata lo sucedido. Me he mantenido en contacto con los correos electrónicos y no necesito que me dé muchos detalles, pero lo hace, lo cual es agradable. He valorado lo que me dijo en la videollamada, sobre tener una conversación, pero primero necesito que se siente y cierre la puerta. Ella lo hace y sigue hablando como si estuviera pensando en otra cosa.

—¿Algo te molesta?

Hace una pequeña mueca de dolor y luego se encorva en la silla, la misma en la que se ha corrido tantas veces. Todavía sonrío cuando pienso en ese día.

—Leo llegó a la ciudad ayer y me sorprendió mucho —explica ella.

—Me dijo que había cometido un error y que había venido por mí, que es a mí a quien ama. — De repente, se detiene y me mira. Debo admitir que estoy parcialmente celoso de que él esté aquí. Quiero preguntarle más. ¿Ha quedado con él? ¿Se reunieron anoche? Pero entonces puedo ver que, a juzgar por su cara, no fue así.

—Bueno, puede que sea lo mejor. Un chico de campo para una chica de campo, ¿qué más puedes pedir? —Mi tono es brusco—. Lo justo es que estéis juntos con vuestros pantalones de peto y los sombreros de paja. Será un sueño hecho realidad y seréis como el espantapájaros del Mago de Oz, con paja por todas partes.

Esto no va a funcionar. Vine aquí para decirle que deberíamos tener una cita, y ver cómo evolucionaba, pero en cuanto mencionó a su ex me puse celoso. No es una locura.

La idea de que el maldito idiota haya vuelto y que ella esté considerando aceptarlo me molesta. Por otra parte, él es un muchacho, ella es una niña y yo soy demasiado mayor. Puedo hacerla pasar un buen rato en el dormitorio, pero eso es todo lo que puedo ofrecerle, ahora y en el futuro.

—¿Por qué hablas así? Pensé que te molestaría. Quiero decir que es algo importante para mí. Se suponía que iba a casarme con él...

—Adelante y cástate. ¿Qué me importa?

—¿Qué pasa con nosotros?

Me pongo de pie y me explico con claridad.

—Querías perder tu virginidad y te ayudé a hacerlo. No hay un «nosotros». En la videollamada me pediste que tuviéramos una conversación y eso no va a pasar, cariño. ¿Me ves conversando con alguien?

Ella susurra.

—No.

¡Mi maldito temperamento! Odio cómo soy.

—Mira, estoy de mal humor y no debería haber venido directamente a la oficina. Espero que tu prometido y tú solucionéis las cosas. Tengo que irme.

Por esto es por lo que no me apego, no sé manejar mis emociones. Agarro mi portátil y ella no se mueve, está llorando. Debería consolarla y tengo un problema cuando me paro y me siento completamente impotente. No tengo ni puta idea de qué hacer.

—Lo siento —susurro.

Luego salgo de mi oficina, un par de personas tratan de detenerme en el camino, seguramente porque mi cara delata que me ocurre algo muy malo. Hoy soy un hombre con el que es mejor no meterse.



Antes de llegar a casa, las cosas se ponen aún peor. Estoy en la puerta y Jonah me dice que hay alguien esperándome.

Oh, ¿quién coño es ahora?

No puede ser Isobel, la dejé llorando en mi oficina, después de comportarme como un idiota.

Bajo la ventanilla y lo reconozco cuando se acerca al coche.

—Scott, ¿qué haces aquí?

¡Mierda! ¡Hoy no! Estoy a punto de decirle a Jonah que presione el botón y se asegure de que mi primo no entre.

—¡Necesito hablar contigo urgentemente!

Asiento con la cabeza y abro la puerta del coche.

—Será mejor que entres.

Necesito las pocas fuerzas que me quedan en el cuerpo para decirlo. ¿Qué querrá ahora?

Siempre va detrás de algo. «Ayúdame con esto o échame una mano con lo otro». Solo deseo que se vaya a la mierda y me deje en paz.

Se sienta en el coche y cierra la puerta. Gracias a Dios, no ha esperado que se la abra Jonah.

Llegamos a la casa, salgo del coche y me paro a mirarlo.

—Vamos dentro, Scott —digo mientras abro la puerta y enciendo las luces.

Me molesta que esté aquí, pero al menos me hará compañía. Hace tiempo que no estoy con nadie más que con Jonah y no cuenta porque es un trabajador.

—Gracias, Christian.

No me había dado cuenta al principio, pero mientras subo los pocos escalones que hay para entrar en mi casa, me fijo en Scott que va detrás de mí. Mierda, solo tiene un par de años más que yo y camina como un hombre de más de noventa años.

—¿Qué te pasa?

Sonríe:

—¿Te importa si tomo un vaso de agua?

Sacudo la cabeza, pensando que debe tener sed y me pregunto cuánto tiempo habrá estado esperándome.

—¿Cuánto tiempo llevabas en la puerta?

—No mucho —rompe a toser.

Suspiro.

—Bien.

Esta va a ser una de esas conversaciones en las que yo hablo todo el tiempo y no estoy de humor. Odio la forma en que escapé de Isobel, creo que después de que termine en la oficina, haré que Jonah la recoja. O tal vez regrese y le compre unas flores. Eso es lo que hacen los chicos cuando se disculpan. Compran flores.

Joder, me pregunto si eso es lo que hizo su ex. Venir a la oficina con unas putas flores, decirle alguna mierda sobre que no quiere estar con la otra chica.

Le doy a Scott el vaso de agua y bebe como un puto pez, como si no hubiera bebido nada durante años.

—Tranquilo.

Sacude la cabeza:

—¿Me das un poco más?

—Mierda, ¿has venido aquí solo para beber agua?

Susurra de nuevo:

—No, estuve fuera un rato antes de que vinieras.

Asiento.

—Ya veo. Podrías haberme dicho que venías y entonces no tendrías que haber esperado.

Se atraganta y me devuelve el vaso. Estoy a punto de preguntarle si quiere algo de comer, pero él habla primero.

—He estado tratando de contactar contigo, pero no lo he conseguido. Nunca devuelves ninguna llamada.

Me siento avergonzado de ser atrapado de esta manera, pero me defiendo.

—Bueno, si me dijeras que vas a venir...

—¿Qué, Christian? Nos habrías invitado a mí y a la familia a comer. Sabemos lo que piensas de nosotros. Es muy evidente que te pareces a tu padre.

Odio el hecho de que lo haya mencionado. Es cierto que mi padre era el que siempre me decía que todo lo que querían era su dinero. Mi madre trató de mantenerse en contacto con ellos, pero él siempre la apartó, diciéndole que era su familia y sabía lo que buscaban. El dinero.

—Me estoy muriendo y sé que no me queda mucho tiempo. Solo quería verte antes de irme.

Mierda, habla como si fuera a hacer un viaje a algún lugar. Miro sus vaqueros descoloridos, su camisa parece gastada y pienso en el dinero que tengo y que no puedo compartirlo con nadie. Todo el tiempo que paso trabajando, es como si fuera en vano.

No lo reconozco y él continúa hablando mientras nos sentamos en la cocina.

—Sé que tengo que distraerme y no pensar que moriré lentamente. —Tose en su pañuelo y lo mancha de escupitajos de sangre.

¡Mierda! Esto es un desastre. Me siento culpable de que no haya tenido un seguro médico adecuado, y de no haber pasado más tiempo con él como cuando éramos niños. Eso fue antes de que mi tío le pidiera un préstamo a mi padre y este nos dijera que ya no podíamos jugar juntos.

Me siento y escucho a Scott confiarme su situación y cómo empezó todo, se las arregló para pasar tiempo con otros miembros de la familia, pero algunos de ellos se habían apartado.

—¿Qué quieres decir con que algunos familiares no quieren hablar contigo?

—Algunos, especialmente la generación mayor, no quieren que les recuerde la muerte. Se creen que van a vivir para siempre.

—¿Qué pasa con Carol? —Aquello debía ser duro para su esposa.

—Me dejó hace unos cinco años. Yo no tenía trabajo y ella se hartó y se fue.

Mierda, ni siquiera lo sabía.

—Y no teníamos hijos, antes de que preguntes. Eso me entristecía, aunque ahora me alegro de no haberlos tenido. No me gustaría que me vieran así. —Nos sentamos en silencio y luego dice—: Mira, solo he venido a pasar un rato contigo. Solíamos pasar mucho tiempo juntos cuando éramos niños.

Asiento.

—Lo sé, recuerdo que me sentí perdido cuando ya no podías venir.

—Solo porque mi padre le pidió al tuyo mil dólares.

Unos miserables mil dólares. Nunca había sabido cuánto dinero había pedido prestado. Me entero ahora, cuando Scott lo ha dicho, he estado viviendo en un refugio, sin prestar atención a nadie más que a mí mismo.

—¿Tampoco ves a la tía Rose? ¿No quiere saber nada de ti?

No puedo creer que toda la familia le haya dado la espalda.

—Especialmente la tía Rose. Se enfadó con mi padre cuando le pidió dinero al tuyo. Dejó de hablarle y dijo que eso había causado la ruptura en la familia.

No lo entiendo, aunque no debería ser una sorpresa. Mi familia es una de las más retorcidas que conozco. Por eso, me alejé de ellos. Aparte de las veces que jugaba con Scott, siempre había alguna disputa familiar sobre pequeñas cosas que se convertían en grandes discusiones.

—Lo triste es que mi madre no tenía familia y quería que mi padre viera las cosas a su manera. Pero no lo consiguió. —Sonríe y pienso que por mucho que intente sacarme de la cabeza a Isobel y mi comportamiento con ella, me resulta jodidamente difícil hacerlo.

—Solo he venido para pasar algo de tiempo contigo. ¿No podemos dejar el pasado en el pasado? —Me tiende una mano para que la estreche mientras se echa a reír—. Todavía recuerdas ese viejo truco.

Le doy un cachete de broma en la parte posterior de la cabeza.

—¡No soy el único!

Era un juego tonto que solíamos hacer de niños, solo que esta vez no salgo corriendo antes de que me persiga. Sonríe cuando pienso en los buenos tiempos, mierda cómo vuela el tiempo.

—En cuanto al resto de la familia, podríamos pasar toda la noche hablando de ellos.

Suspira y luego hay ese silencio incómodo. Ese en el que no sabemos qué hacer a continuación.

—Sé que estás cansado Christian, así que si quieres puedo volver mañana.

—¿Cómo sabías que estaba fuera?

—Vine ayer.

—Mierda, y has vuelto hoy Scott. ¡Maldita sea! No te vas a ninguna parte, tenemos que ponernos al día, después de quince años.

—¿No tienes una damita que prefiera que me vaya?

El único tema del que no quiero hablar. Las mujeres.

—En realidad no, bueno, más o menos...

—¡Maldita sea! ¿Qué le ha pasado a mi primo mayor? Parece que está enamorado o algo así. Conozco esa mirada demasiado bien.

Sacudo la cabeza ante la idea. La echo de menos. La necesito. Amor, no, yo no iría tan lejos. Ni siquiera hemos tenido una cita. No la hemos tenido porque no se la he pedido, eso es lo que planeaba hacer, antes de salir corriendo por la puerta y hacer el ridículo.

—No es eso. Es complicado. Pero bueno, tú eres el que necesita descansar. No soy yo. —Me apetece firmarle un cheque ahora mismo—. Basta de hablar de mí. Vas a pasar la noche aquí. Ve a acostarte y luego hablamos. Luego puedo hacer algo para cenar.

Joder, he sido un imbécil siempre pensando en mí mismo y decido que voy a cambiar. No me convertiré en una versión masculina de Florence Nightingale de la noche a la mañana, pero todo el mundo necesita empezar en algún momento.

—¿Sabes cocinar? Impresionante.

Ojalá fuera verdad, pero la mayoría de las veces, si estoy en casa, viene Katerina y cocina. Si no, pido comida para llevar. No quiero estropearlo, así que sonrío. Algo que no he hecho en mucho tiempo y digo:

—Vamos, déjame enseñarte la habitación.

Le enseño a Scott una de las habitaciones de abajo; no quiero que tenga problemas con las escaleras, puede que sea demasiado para su estado. Observo mientras entra en la habitación.

—Solo necesito descansar una o dos horas.

—Claro, Scott. Cuando te levantes, llámame con un grito. Mi habitación está al final del pasillo.

Él asiente con la cabeza y me marcho a mi dormitorio. Entonces, miro a ver si he recibido algún mensaje y compruebo que Isobel me ha borrado de sus contactos.

«¡Típico!», me digo mientras guardo el teléfono en mi bolsillo.

«Jodidamente enamorado», dijo Scott. Hago lo que quiero, y lo hago cuando quiero. Apuesto a que se ha ido corriendo a ver a su ex. Bien por ella. Estoy con mi primo y pienso hacer que sus últimos días sean más cómodos.

No necesito distraerme y ya no la necesito cerca. Puede volver a su granja, el único lugar al que pertenece. Nos hemos divertido y eso es todo lo que hay. Nos dejamos llevar y cada uno está donde debe estar. Ella en la granja y yo aquí.

Capítulo 17

Isobel

Han pasado más de dos semanas desde que regresé y Leo no deja de llamar a mi puerta, rogándome que vuelva con él. Mi madre no hace más que preguntarme por qué estoy en casa deprimida y pienso que lo único bueno de haber salido de mi casa ha sido el dinero que he ganado.

Perdí mi virginidad con un tipo que me trataba como si nada, yo no merecía que me trataran así. Ni en un millón de años. Me despedí de las chicas de la oficina con abrazos y besos, cuando me fui antes de la fecha prevista. Todas prometimos mantenernos en contacto, pero ellas siguen allí, viven allí y tienen experiencia. Todo lo que yo no tengo.

Sabía que solo estaría unas semanas en la ciudad y tenemos parientes que viven allí, todo suena igual. Ellos también prometen mantener el contacto, pero nunca lo hacen. Por otra parte, podrían decir lo mismo de nosotros los campesinos.

—¿Sigues pensando en él? —Agnes suspira mientras me pasa las palomitas de maíz.

—¿En quién?

Se ríe.

—En el señor *Sexy Stern*.

Sacudo la cabeza y sé que ella puede ver a través de mí. Me conoce demasiado bien.

—Es *sexy*, pero también es un idiota muy grande.

—Isobel, uno que no puedes mantener lejos de tu cabeza. Por eso sigues viendo esas películas de chicas, esperando que te animen.

—Parece que atraigo la mala suerte con los chicos. Agnes. Tal vez debería quedarme con caballos como tú y olvidarme de los hombres por completo.

Ella se ríe.

—¿Por qué no lo llamas? —La empujo suavemente mientras pienso en buscar algo de la cocina. El problema es que no sé qué me apetece beber y mucho menos comer—. Solo dile que, si vuelve a hablarte de esa manera, nunca más volverás a verlo.

Sacudo la cabeza:

—¿Puedes creer que casi creo las mentiras de Leo?

—Maldición, Isobel, la ciudad te ha cambiado.

No recuerdo haber maldecido tanto. Odio admitir que es la mala influencia de Christian.

—Agnes, Leo dejó embarazada a Dede, me rogó que volviera con él y dijo que había cometido un error y cuando le contesté que no... —Veo que mi amiga se aburre con mis argumentos—. De todos modos, el resto es historia, por lo que no dejaré que ningún hombre me diga qué hacer.

—Isobel, no tienes que ser tan desconfiada, deberías intentarlo.

Pongo las manos en mis caderas y digo:

—¿En serio? Me iba a casar con un tipo que se acostaba con la basura de las caravanas y al final la dejó embarazada y luego me declaró su amor eterno. —Ella pone los ojos en blanco, porque ha escuchado esta historia muchas veces, casi todos los días desde que volví. No me

importa, esta vez dejaré claro mi punto de vista, una vez más—. Luego, le di mi virginidad a otro, que solo quería follar y no podía ni siquiera tener una acita. Entonces y solo entonces... me mostró sus verdaderas intenciones.

—Bien, tienes que parar esto, porque te estás haciendo daño.

—Hablo en serio Agnes, ¡nunca más!

—Bueno, será mejor que se lo digas al hombre que está detrás de ti.

Señala a Christian, y no puedo creer que esté en mi casa. Me sedujo y después me trató como una mierda, de modo que solo se me ocurre preguntar:

—¿Qué quieres?

Ya he tenido a un hombre rogando mi perdón, y he descubierto que son todos unos mentirosos.

Parece cansado, pero me paro frente a él.

—Os dejo con ello entonces. —Agnes se marcha corriendo.

Ojalá pudiera hacer lo mismo, aunque tengo muy claro que esta vez no le voy a permitir que se acerque a mí.

Esta vez no.

Capítulo 18

Christian

Cuando Scott murió inesperadamente me sentí como un alma perdida; no sabía qué hacer conmigo mismo. Llevo tiempo caminando en círculos sin ir a ninguna parte y, de alguna manera, termino en un vuelo a Kansas.

Comprendí que necesitaba decirle a Isobel lo que sentía por ella. No esperaba que me aceptara de nuevo, pero quería que al menos me escuchara, aunque no lo mereciera.

—Tu madre es simpática. —Sonríó porque ha salido corriendo en cuanto me ha visto, igual que la chica que hablaba con ella—. ¿Era Agnes? —Señalo a su amiga que ha salido por la puerta.

—Mira, Christian, si has venido buscando simpatía, estás en el lugar equivocado.

Me merezco que me trate así. He sido una mierda para ella y mi silencio probablemente no ha ayudado tampoco. Pensará que he venido a buscarla para tener sexo, pero no es así.

—No, no he venido para eso. Solo para decirte que no compro rosas, ni puedo prometer que nos casemos porque no soy Leo. —Ni siquiera me mira, pero no he dormido y no quiero fingir que soy alguien que no soy—. No me siento y hablo de mis sentimientos. Mierda, ni siquiera puedo prometer que te acompañaré oficialmente al altar.

Ella se ríe.

—Entonces, ¿a qué has venido? Hasta ahora me has dicho que no puedes hacer ninguna de las cosas que quiero. ¿No te has dado cuenta de que soy el tipo de chica que quiere amor en su vida?

Ella tiene razón, estoy fuera de su alcance. Enterré a mi primo y me encuentro muy apenado, actuando como si yo fuera la víctima. Scott se estaba muriendo y fue mucho más valiente de lo que yo seré alguna vez.

Siento que algo se desmorona dentro de mí y me dirijo al sofá. Debería haber salido corriendo por la puerta.

—Acabo de enterrar a mi primo.

Ella sacude la cabeza.

—No hablas con tu familia. No hablas con nadie.

No puedo creer que esté sucediendo, pero tengo una lágrima en el ojo.

—Eso era hasta que vino a verme.

—Debe haber sido interesante. —Está sentada a mi lado con los brazos cruzados, sé que está a la defensiva, pero todo lo que siento es debilidad—. Bueno, ¿qué quieres, Christian?

—Un momento de tu tiempo.

—¿Por qué?

Echo la cabeza hacia atrás, luego la miro y tomo sus manos.

—No puedo prometerte la tierra, pero te prometo que intentaré cambiar. Lo cual para un hombre como yo es jodidamente difícil.

—Dímelo a mí —dice en voz baja—. No voy a volver a trabajar para ti.

—Ni lo sueñes.

—Christian, tampoco vamos a follar.

—Ni lo sueñes. —Ambos sonreímos y luego siento como si hubiera roto el hielo. Uno que no creía posible.

—Siento todo lo que te dije. Estaba cabreado por tener que marcharme a ese viaje de negocios. Y luego...

—No te he pedido tu perdón. —Me dice mientras se levanta del asiento.

—Lo sé, pero quiero dártelo. Es lo menos que te mereces por aguantarme.

Sonríe y sé que he conseguido acercarme un poco más a ella.

—Te mereces muchas cosas. Cosas que no estoy seguro que pueda darte.

Me levanto y me acerco a ella. Coloco un brazo sobre su cintura y le pregunto:

—¿Puedo?

Ella asiente con la cabeza y noto como se destensa. Luego nos miramos y percibo como algo me envuelve. Un calor que nace en la palma de mi mano que la está tocando y llega directo a mi corazón.

Luego, ella me mira fijamente y me dice muy convencida:

—Vamos a darnos tres meses. Regresaré y buscaré una universidad, podemos tener citas y cuando esté triste podrás comprarme flores.

—¿Puedo qué? —pregunto sin dar muestras de mi sonrisa.

—Eras un director ejecutivo indecoroso y te divertiste y jugaste conmigo. Me rompiste el corazón y tendrás que aceptar mis normas. —Escucho con atención lo que dice y me parece muy *sexy* vestida solo con un pijama. Le encanta ir en pijama por la casa—. Me has hecho daño. Sabías que era virgen y que sería muy influenciable, pero decidiste engañarme.

—Lo siento.

Es lo único que se me ocurre decir.

—Estás hecho una mierda y necesitas asearte. Ni siquiera pensé que usaras sudadera.

Miro la sudadera que llevo puesta. Es la que usaba cuando iba a la universidad, cuando tenía amigos y era genial. Me sentía tenso, pero nada comparado con ahora.

—Es cierto. Necesito cambiarme de ropa. —Ni siquiera intentaba hacer una broma, pero la hago sonreír de nuevo—. Tal vez, solo tal vez, te folle dentro de tres meses.

Es raro, la idea de hablar de sexo con ella ahora, no suena bien. Sobre todo, pensando la forma en que la traté. Debo estar muy apenado porque siempre me gustó hablar de ese tema.

Ella me da un breve beso en los labios.

—Como te he dicho, solo si eres un buen chico.

Está a punto de besarme otra vez y yo le digo:

—Hazlo y te llevaré al sofá de tus padres.

Eso es, exactamente, lo que estaba pensando antes, pero no lo hago. Ahora no, necesito ganármelo y si me comporto, la tendré en tres meses más de una vez. No, se lo daré toda la noche.

Epílogo

Isobel

Tres meses después.

Me paro en nuestra sala de estar mientras me besa durante un buen rato. Mueve las manos y toca mis senos mientras gimo en su boca perfecta y me excito entre las piernas.

Estoy empapada cuando me levanta y me lleva a nuestro dormitorio. Oh, Dios, es más de lo que podría necesitar. Pienso que estoy perdida cuando me abraza con fuerza.

Siento que mi cuerpo se derrite mientras me pone en la cama y me besa el cuello. Desabrocha la cremallera de mi vestido, y luego la baja lentamente, suspiro y siento su pasión y necesidad por mi cuerpo caliente y desesperado.

—Te amo, Isobel —dice, mientras pone su mano en el montículo de mi coño.

Sus dedos presionan el interior de mis bragas y yo suelto un gemido. Tira de ellas hacia abajo con fuerza y me mira al tiempo que las saca por mis piernas.

—Te amo —digo yo también.

Mueve un dedo hacia mi boca y la cubre para calmarme con el gesto, deseoso de devorarme en el dormitorio.

Se agacha y cae entre mis piernas mientras desabrocha mi sostén y lo deja caer al suelo. Lo observo mientras toma un bocado de mi pecho en su apasionada boca. Es perfecto en todos los sentidos. Gime mientras me prueba, luego se levanta y se arrodilla en la cama desnudándose mientras me mira con una sonrisa diabólica.

—Vas a tener esto todo el tiempo.

No sé qué quiere decir exactamente, pero me encanta.

Sus músculos se ondulan cuando se coloca en mi coño abierto y húmedo, saboreando mi excitación solo cuando mis piernas permanecen abiertas para él. Él pasa su lengua por mi clítoris hinchado y me siento viva, ardo por su toque que hace que mi cuerpo se estremezca desde lo más profundo.

—Joder, nena, estás tan dulce como la miel.

Sus palabras me excitan. Introduce un dedo y juega con mis paredes mojadas.

Jadeo cada vez que da en el blanco.

Arqueo la espalda y él inicia un movimiento rítmico con el dedo, al tiempo que lame con suavidad mi clítoris y envía cosquilleos por mi cuerpo que nunca he sentido.

Nos amamos.

Eso es lo que marca la diferencia, esta vez. Estamos en llamas, sexual y emocionalmente.

Entonces sucede... todo se alinea y mi orgasmo se extiende sobre mí como una ola inmensa. Es tan poderoso y perfecto que enrosco los dedos de los pies y agarro las sábanas de satén mientras gimo su nombre.

—Christian...

Sus ojos se iluminan y nos miramos con intensidad.

—¡Date la vuelta, te tomo por detrás! —Siento que mi cuerpo se enciende.

Hago lo que dice y me pongo a cuatro patas con el coño empapado y listo para que entre en mí. Me tira del pelo y empuja su miembro en mi interior. Llena mis paredes y toco el cielo. Empuja profunda y rápidamente, me folla como si fuera la última mujer del planeta.

Como si yo importara y nosotros importáramos juntos como uno.

—Joder, nena, eres perfecta —dice mientras deja que su polla se deslice dentro de mí, dura y profunda.

—Ah. —Sigo gimiendo mientras él toca mi lugar secreto.

Esto es el puro cielo en la tierra.

Siento que mi cuerpo lo anhela y él empuja dentro y fuera como un jefe. El que solía ser para mí. Me sostiene el culo, excitándome y empujando con pasión hasta que mi espalda toca la cama. Sigue penetrándome y me besa en la boca, sus caderas luchan por profundizar y hacerme sentir completa.

Nunca supe que estaba tan vacía hasta ahora.

Mis paredes se humedecen mientras siento que otro delicioso orgasmo ilumina mi cuerpo.

Al oírme gemir mientras me corro de nuevo él me dice:

—Joder, Isobel. Eres la mujer más preciosa del mundo.

Ahora empuja más lentamente, sosteniendo mi cuerpo en su fuerte abrazo.

Si así es como se siente el amor, entonces lo quiero todo el tiempo. Es como si nada más importara. Me tumbo debajo de él y veo sus caderas moverse. Su cálido cuerpo sostiene el mío como si fuéramos una sola persona. Juntos al fin.

Ambos gemimos y sus labios empujan cada respiración en mi cuello sensible.

Siento que me deshago por completo, es como si todo lo que ha pasado entre nosotros nos hubiera llevado a este único y perfecto momento. Nunca he creído realmente en el destino hasta ahora, pero puedo decir que es real y verdadero.

Su cuerpo se agita un par de veces más. Se va a correr dentro de mí y lo deseo más que cualquier cosa que haya querido antes.

—¡Joder, nena! —Pone sus labios suaves sobre los míos y su semilla se dispara dentro de mí como si estuviera hecho para mí.

Pero solo en mi cuerpo. Solo puede ser mío.

Nos tumbamos juntos y me sostiene por detrás. Me acaricia como si yo fuera su deliciosa golosina.

—Te amo Christian Stern.

—Yo más y pronto serás Isobel Stern.

Me giro para enfrentarlo.

—¿Me estás proponiendo matrimonio?

Él sonríe.

—No en la cama y no así, pero puede que lo haga algún día. Espera y verás.

Me río y digo:

—Tal vez diga que sí o tal vez diga que no.

Me da la vuelta.

—No tengo ninguna duda de que dirás que sí. Pero solo quiero que sea el momento perfecto para los dos.

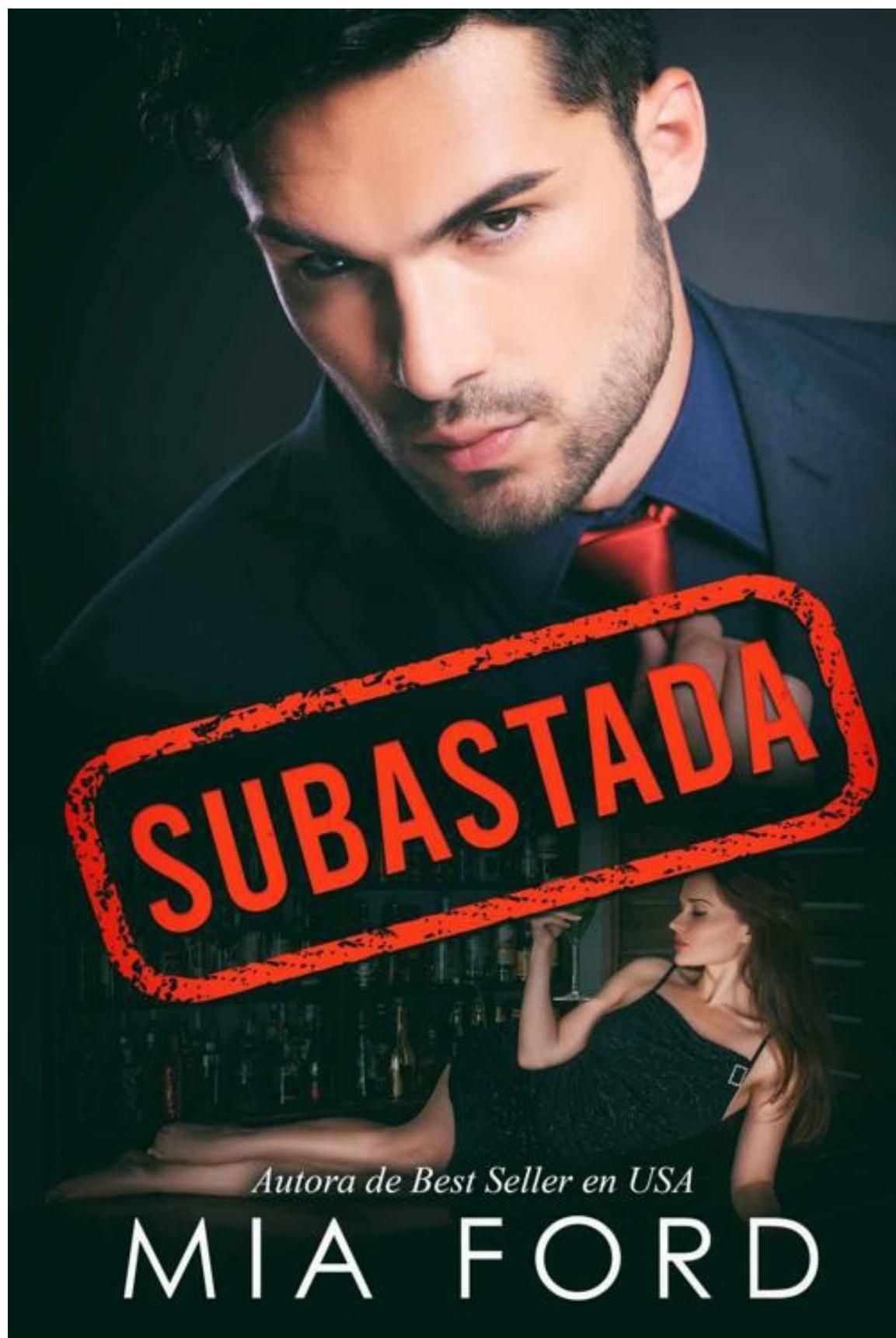
Tiene razón. Descubrí que la edad no tiene ningún fundamento en la madurez de una persona. Estamos a una década de distancia y estoy segura de que yo no había experimentado tanto como él, pero sabía de la gente. Sabía cómo amar. Christian lo está logrando, pero va a llevar mucho más

que unas pocas semanas, tal vez meses.

De todas formas, valdrá la pena esperar.

Estaré aquí esperando.

Si te ha gustado este libro también te gustará



SUBASTADA

Autora de Best Seller en USA

MIA FORD



Nunca había participado en una subasta como esta.

Pero cuando la vi, asustada y desvalida, no pude alejarme sin más.

Está siendo subastada como una inocente más, pero es evidente que ella es diferente.

Lo sé nada más verla.

Pero cuando la tengo entre mis brazos, deseoso de darle placer, me doy cuenta de que no podré saciarme nunca de ella.

Ella es diferente, fresca e inteligente y me vuelve loco.

Ahora soy yo el asustado y desvalido, que solo quiere su amor.

* Alto contenido erótico.

* Solo para mayores de 18 años.